

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Golpe de Estado

Brigitte se encuentra en Villa Tartaruga descansando cuando recibe un mensaje y una película. En ella, tío Charlie le explica que están seguros de que se está preparando un golpe de Estado en Córdoba (pequeño país imaginario situado entre Panamá y Colombia). Los golpistas disponen de gran cantidad de armas y parecen estar dispuestos a todo.



Lou Carrigan

Golpe de Estado

Brigitte en acción - 250

Archivo Secreto - 240

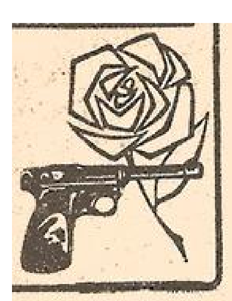
ePub r1.0

Titivillus 27-10-2017

Lou Carrigan, 1977
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Desde siempre… Con amor

Número Uno tardó un par de segundos más que Baby en oír el rumor del helicóptero que se iba acercando. Cuando él se sentó en la hierba que rodeaba la piscina, junto a la cual estaban tomando el sol, completamente desnudos, ella ya estaba sentada, recogiendo su toalla.

Mientras se la colocaba alrededor del pecho como si fuera un sarong, miró sonriente a Número Uno y dijo:

—Será mejor que te cubras, mi amor. No me haría nada de gracia que te fotografiasen desnudo y publicasen luego tus fotografías en la revista Playgirl.

Número Uno frunció el ceño, tomó la toalla y se la colocó de cualquier mañera sobre la cintura. Luego, los dos se quedaron mirando hacia el cielo, de un azul intenso, refulgente, sin una sola nube. El cielo de Malta, el cielo de Villa Tartaruga, en el que, de cuando en cuando, se recortaban algunas gaviotas de blanco vientre y enormes alas extendidas, que las mantenían suspendidas sin el menor esfuerzo.

El helicóptero apareció pocos segundos más tarde, reluciendo el sol, procedente del Norte. Seguramente procedía de la isla de Sicilia y se dirigía hacia La Valetta. Al menos, eso parecía lo lógico.

Pero…

Pero la lógica no siempre se cumple. El helicóptero pasó exactamente por encima de Villa Tartaruga, a unos cincuenta metros de altura; se alejó un poco y regresó, comenzando a describir un pequeño círculo.

Angelo Tomasini y Brigitte Montfort cambiaron una mirada que expresaba ligera preocupación. Enseguida él se puso en pié y tendió una mano.

—Será mejor que vayamos a la casa.

Ella asintió, aceptó la mano y se puso también en pie. Es lo malo

de llevar una intensa vida dedicada al espionaje: uno no sabe nunca cuándo van a aparecer enemigos dispuestos a dejarles caer un paquete de granadas sobre la cabeza…

En aquel momento, del helicóptero comenzaron a brotar unos destellos, evidentemente producidos al reflejarse el sol en un espejo. No eran unos destellos casuales, unos destellos cualquiera, sino que, utilizando el sistema Morse, iban formando letras, que a su Vez, formaban palabras.

Ninguno de los dos tuvo la menor dificultad en entender el mensaje mientras el helicóptero se mantenía suspendido en aquella posición que le permitía recibir el sol de frente.

El mensaje era el siguiente:

SIMÓN BUSCA A BABY SIMÓN BUSCA A BABY SIMÓN BUS

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más linda y peligrosa del mundo, dio media vuelta y echó a correr hacia la casa, mientras, Angelo Tomasini, Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos, volvía a tenderse sobre el mullido césped, con su habitual expresión hermética.

Dentro de la magnífica residencia de Número Uño, Brigitte subió a toda prisa por el enorme dormitorio, sacó del armario su maletín rojo con florecillas azules, y de éste la pequeña radio de bolsillo. A toda prisa, utilizando el pequeño punzón de acero, varió la disposición de las placas, hasta sintonizar, la onda de aquella zona utilizada por la CIA.

Luego apretó el botoncito de llamada. Al instante oyó con fuerza el rumor del helicóptero y, destacando de éste, la clara voz de un hombre, en inglés:

—¿Baby?

—¿Quién es usted?

—Simón-Roma. Se me ha exigido que le pida disculpas por molestarla, pero el asunto es urgentísimo: he recibido por vía directa un paquete que debo entregarle.

—¿Cómo me ha localizado?

—Me han encargado que le diga que pida usted explicaciones de esto a tío Charlie.

—De acuerdo. ¿Qué contiene el paquete?

—Lo ignoro. ¿Puedo dejarlo caer?

—Hágalo.

—Después de esto, me alejaré unas pocas millas y esperaré a que usted se ponga en contacto conmigo de nuevo. Según entiendo, sólo deberá decirme sí o no; con su respuesta, regresaré a Roma y la enviaré a la Central. Solamente SI o NO.

—Está bien, Simón.

—Siento haberla molestado, pero obedezco órdenes.

—No se preocupe. Deje caer el paquete. ¿Algo más?

—Hasta dentro de tres horas, plazo máximo que debo esperar su respuesta, no. Por cierto, si dentro de tres horas usted no me ha llamado, debo interpretar que su respuesta es NO.

—Entiendo. Hasta luego.

Cerró la radio, la dejó sobre la cama y fue a asomarse a la ventana. El helicóptero se desplazó hasta colocarse justo encima de Número Uno, a menos de quince metros. Un paquete salió despedido y comenzó a caer rápidamente…, hasta que se abrió el pequeño paracaídas. El helicóptero se estaba alejando ya, tomando altura… Número Uno se puso en pie, esperó a que el paquete estuviese a su altura, alargó un brazo y asió el pequeño paracaídas. Luego se volvió hacia la casa y vio a Brigitte en la ventana, haciéndole señas. Por debajo de Brigitte, y a la derecha, Uno vio a *Mamma* María asomada a la ventana de la cocina, mirándole con los ojos muy abiertos. La gordísima y blanquísima *Mamma* María, ama de llaves y única sirvienta en Villa Tartaruga, tenía motivos para estar sobresaltada, porque al ponerse en pie, Número Uno había ignorado la toalla que había caído sobre el césped.

La recogió, se la colocó alrededor de la cintura de cualquier manera, y fue hacia la casa. Brigitte apareció en el vestíbulo inmediatamente, al aire sus largos cabellos negros, bellísima con su improvisado sarong reluciente como auténtico oro su piel dorada por el sol, refulgente como auténticos trozos de cielo sus grandes ojos azules.

—La culpa es tuya —dijo enseguida—. Si no te hubieras apresurado a acudir a mi lado en algunas ocasiones para ayudarme, la CIA no sabría dónde encontrarte y, por lo tanto, no habría podido encontrarme a mí.

—Me parece —dijo él, tendiéndole el paracaídas con el paquete colgando— que voy a vender Villa Tartaruga.

—¡Oh, no! —Se sobresaltó Brigitte—. ¡Por favor, Uno, no…!

—Lo pensaré. ¿Estabas esperando esto?

—¡Claro que no! Ha llegado urgente a Roma; desde la Central. Ni siquiera sé lo que contiene. Pero, desde luego, no puede ser una bomba.

Pasaron al salón-biblioteca, donde, no sin precauciones, Brigitte abrió el paquete. Ciertamente, no era una bomba. Era un estuche metálico, que contenía un pequeño rollo con una película.

—Tiene banda sonora —dijo Uno—. ¿Prefieres la moviola o el proyector?

—La moviola irá bien. Gracias, mi amor.

—Incluso han previsto que aquí, en mi casa, dispondrías del material adecuado para visionar la película —refunfuñó Angelo Tomasini—. No me hace ninguna gracia…

Brigitte alzó los brazos para rodear con ellos el cuello de Número Uno; la toalla se desprendió de su cuerpo, pero ella no hizo el menor caso. Simplemente, apretó dulcemente sus senos contra el velludo tórax del espía privado.

—El día que no refunfuñes algo irá mal —sonrió, lo besó en la boca y, tras suspirar, dijo, hundiendo sus deditos entre los cabellos de él—: Sólo tengo que decir sí o no. Si no contesto, significa que mi respuesta es NO. ¿Quemamos esta película?

—¿Lo harías?

—Si tú lo deseas, sí.

Número Uno puso sus manos en los hombros de Brigitte y las deslizó hacia su espalda. Ella se estremeció, volvió a suspirar y cerró los ojos, dejando entreabiertos los tiernos labios sonrosados…

Durante unos segundos, Número Uno estuvo contemplando aquellos labios, el rostro noble y puro de Brigitte, su despejada frente, el hoyuelo vertical de la barbilla, la suave línea de su garganta que parecía de seda y de oro… Hacía solamente cinco días, él había ido a recogerla con su avioneta a Alemania, avisado por aquel alemán llamado Wilhem von Steinheil; una vieja águila del espionaje, al que Brigitte amaba con todo su corazón. Aunque no como a él… Número Uno sabía que Brigitte no amaba a nadie como a él. A nadie. A nadie ni a nada, ni siquiera a su propia vida.

Si él se lo pedía en serio, ella olvidaría aquella película. Pero…

Pero Brigitte Montfort, alias Baby, no podría dormir si él la privaba de enterarse de un asunto que quizá requiriese su intervención para ayudar a la mejor marcha del mundo, así que… no. No podía pedirle que destruyera la película sin verla. No podía hacerlo, por la sencilla razón de que, a su vez, Número Uno vivía por y para Brigitte Montfort, y jamás haría nada que pudiese entristecerla o preocuparla.

Deslizó ahora sus manos por las turgentes caderas de ella y las subió hasta colocarlas en la parte exterior de los senos… Ella volvió a suspirar:

Para Angelo Tomasini, el mundo, la vida, se concentró en los labios de Brigitte Montfort. Se inclinó sobre ellos y, al tomarlos con los suyos, notó de nuevo la vibración del cuerpo de ella, recibió en su boca el fresco suspiro de amor… ¡Dios! ¿Y si destruyese él mismo la película? ¿Y si fuese él mismo quien, por una vez, impidiera que la CIA continuase utilizando a aquella mujer que él amaba, y que tenía el corazón más grande y generoso del mundo…?

Ella separó sus labios de los de él y dijo:

—De acuerdo: destruyamos la película.

—No he dicho eso —musitó Número Uno.

—Lo estabas pensando, mientras me besabas. Lo he notado… Como siempre, temes por mí.

Angelo Tomasini volvió a besarla en la boca.

—Veremos la película —decidió, tomando ahora el rostro de Brigitte entre sus grandes manos bronceadas—. Pero si sólo afecta a los intereses de la CIA, tu respuesta será no.

—Sí, mi amor.

Cinco minutos más tarde, todo estaba preparado. De nuevo desnudos ambos, sentados en el amplísimo sofá, con la moviola colocada ante ellos en una mesita, se dispusieron a contemplar el espectáculo. Número Uno puso la pequeña moviola en marcha.

Lo primero que apareció en la pantalla fue el rostro de Charles Alan Pitzer, jefe del Sector, New York de la CIA, es decir, «el tío Charlie», el viejo y querido amigo de Brigitte, el hombre que, muchos años atrás, la había introducido en el espionaje. La expresión de, tío Charlie era un tanto preocupada y tímida.

—Brigitte, querida, lo siento —empezó a oírse su voz—. Sé que,

cuando está ahí, no debemos molestarla…, a menos que el asunto sea verdaderamente importante. En mi opinión, lo es. Es de esa clase de asuntos en los que usted querría intervenir, fuese como fuese: se trata de un golpe de estado, que se está preparando en Córdoba, la pequeña nación centroamericana situada entre Panamá y Colombia. Según nuestros informes, ese golpe de estado se producirá no antes de un par de semanas, y no después de tres. Sabemos positivamente que los golpistas tienen gran cantidad de armas, y que están dispuestos a todo, con tal de conseguir sus propósitos. En definitiva, una de esas pequeñas pero siempre crueles y cruentas guerras, que a usted le gusta evitar. Considerando esto, deduzco que su respuesta a nuestra petición para atender este asunto será SI. Ahora bien, y sin ánimo de coaccionarla, si su respuesta es NO, la CIA está dispuesta a intervenir de todos modos, para evitar ese golpe de estado. Sólo que, usted lo sabe muy bien, los organizadores habituales para esta clase de asuntos no tendrán las mismas consideraciones que usted, en cuanto al empleo de armas. De todos modos, se ha tenido en cuenta que usted, como en otras ocasiones, quizá pueda evitar la violencia en Córdoba. Me refiero, claro está, a la violencia generalizada, puesto que la violencia que sea necesaria para eliminar a unas pocas personas es, seguramente, inevitable. Ahora, permítame que le vaya presentando a nuestros personajes principales.

La imagen de Charles Alan Pitzer desapareció. La película pasó en blanco unos segundos, hasta que apareció el rostro de otro hombre, de rasgos latinos, bigotudo y barbudo, lo cual contrastaba con su calva cabeza. En la película, en colores, se apreciaba la astuta expresión de los menudos ojos oscuros del personaje.

—Este es —prosiguió la voz de Pitzer— Tadeo Padilla, presidente de Córdoba. Tiene cincuenta años y una salud de hierro, que permite augurarle larga vida. No sólo es todo lo astuto que refleja su expresión, sino que, realmente, es un hombre de gran inteligencia maquiavélica.

La imagen cambió. Otro hombre, también de rasgos latinos, algo más joven que Tadeo Padilla, de facciones más correctas y aspecto más reposado e inteligente.

—Este es Miguel Barrios, el hombre que, según los informes de nuestros hombres destacados en Córdoba, se dispone a dar el golpe de estado. Miguel Barrios pretende, claro está, apoderarse de la presidencia de Córdoba. Para ello, ha conseguido una buena cantidad de armas, y unos hombres que, por dinero, van a apoyarle. Esos hombres irán a las órdenes de los tres que va a ver ahora, y que son mercenarios.

Unos cuantos segundos más de película en blanco. Luego la fotografía de un hombre. Un hombre rubio, muy guapo, de expresión sardónica, casi cruel. Parecía muy inteligente y, al parecer, eso le divertía. Debía tener unos cuarenta años.

—Este es Ross Hunter, el jefe absoluto de los mercenarios, bajo cuyas órdenes éstos actuarán persiguiendo la consecución de los propósitos de Miguel Barrios. Ross Hunter dispone de numeroso personal auxiliar propio, aparte de los hombres que Barrios pondrá a su disposición, pero no vale la pena conceder importancia más que a los dos que siguen; los demás son carne de cañón. Esos dos… lugartenientes son Karl Piowitz, polaco, y Noburu Ono, japonés. Vea sus fotografías.

Apareció primero la fotografía de Karl Piowitz, el polaco. Era un hombre de más de cuarenta años, cabellos rojos, ojos muy claros, cabeza cuadrada, rostro lleno de pecas. Su expresión era la de una persona fría, insensible a todo, sus labios eran muy delgados y formaban un pliegue duro y despectivo. A continuación, apareció el rostro de Noburu Ono, el japonés, que no tenía nada especial que resaltar. Impávido, inexpresivo, ojos oscuros, cabellos negros y lacios, nariz achatada… Imposible obtener conclusiones con él, salvo, quizá, en la edad. Parecía el más joven: unos treinta años…

—A continuación —prosiguió la voz de Pitzer, mientras la pantalla quedaba de nuevo en blanco— le presentamos a tres hombres que, después del actual presidente de Córdoba, son los más influyentes en la vida del país. Son poderosos e inteligentes, pero ninguno de ellos tiene la talla suficiente para ocupar la presidencia y lo saben muy bien. Son grandes patriotas, y suponemos que, en cualquier momento, estarán al lado del hombre que mayores

beneficios ofrezca a Córdoba. Esto implica, naturalmente, que si Miguel Barrios consigue ponerlos a su lado, todo le será muy fácil, después del golpe de estado, pero mientras tanto, y pese a que tenemos noticias de que Miguel Barrios está intentando negociar discretamente con ellos, estos tres hombres son fieles al actual presidente, don Tadeo Padilla. En suma, son tres hombres que bailarán al son de la música que mejor le siente al país, así de simple. Sus nombres son: general Nemesio Lobanillo, jefe de las Fuerzas Armadas de Córdoba; Carlos Álvarez, ministro del Interior; Gilberto Haro, secretario de Asuntos Exteriores. Vea sus fotografías, por el orden mencionado.

Las fotografías del general Nemesio Lobanillo, el ministro Carlos Álvarez y el secretario Gilberto Haro desfilaron por la pequeña pantalla de la moviola, permaneciendo en ésta cinco segundos cada una. Tiempo más que suficiente para que Brigitte Montfort, y por supuesto Número Uno, no olvidasen ya jamás aquellos rostros.

Desapareció el último, de nuevo unos segundos en blanco y por fin apareció el rostro de otro hombre. Unos cincuenta años, grandes ojos oscuros, boca grande y sonriente, de gesto amable, largos cabellos entrecanos. Parecía un tanto tímido, como si pidiese disculpas por resultar agradable y tener una expresión inteligente.

—Por último, éste es Feliciano Ruiz, uno de los grandes hombres de Córdoba, y, en suma, nuestro candidato a la presidencia de ese país. Y cuando digo nuestro, no me refiero solamente a la CIA, sino a Estados Unidos. Le diré por qué.

La imagen de Feliciano Ruiz desapareció. En su lugar apareció Pitzer, de pie junto a un gran mapa colgado de la pared, con un puntero señaló la zona del canal de Panamá.

—Como usted bien sabe —prosiguió Pitzer—, desde hace bastante tiempo tenemos muchas complicaciones en la zona del canal, cuya utilidad no es necesario hacer resaltar. Ahora bien, nuestro Gobierno empieza a estar realmente cansado de todas estas complicaciones, y, como también sabe, está buscando otro lugar para la construcción de otro canal, que nos rinda los mismos servicios que el de Panamá. En Córdoba —el puntero se desplazó

hacia este pequeño país, entre Panamá y Colombia—, se ha encontrado la zona adecuada para la construcción de ese canal, que sería realizado de acuerdo con las actuales necesidades comerciales y militares de Estados Unidos. Utilizando el curso del río Yacuya, que vierte sus aguas en el mar de las Antillas, y el del río Oparaná, que las vierte en el Pacífico, sólo sería necesario cortar la cadena montañosa que los separa. Tras muchos estudios, se ha decidido que éste es el mejor lugar para el nuevo canal. Ahora bien, Tadeo Padilla se niega a escuchar tan siquiera las proposiciones USA al respecto, y sabemos que Miguel Barrios, de tendencias comunistas, jamás nos daría el permiso, si su golpe de estado tiene éxito y ocupa la presidencia. En cambio, Feliciano Ruiz, al que hemos sondeado debidamente, estaría dispuesto a autorizar la construcción del canal, bajo determinadas condiciones muy favorables para su país, durante noventa y nueve años. Condiciones que USA está dispuesta a aceptar, y que, si lo desea, puede usted examinar en Washington.

La imagen cambió, mostrando de nuevo a Pitzer en primer plano.

—Así pues, la situación es la siguiente: si continúa en la presidencia Tadeo Padilla, no tendremos el canal nuevo; si Miguel Barrios triunfa en su golpe de estado, que ocasionaría miles de muertos, no tendremos tampoco el canal. En cambio, si orientamos las cosas de modo que, en las elecciones del próximo diciembre, sea elegido Feliciano Ruiz como nuevo presidente de Córdoba, todos saldremos ganando. Por un lado, los panameños, a quienes les sería devuelto su dichoso canal de una maldita vez, con lo que ya no habría más violencias en ninguna parte, por ese motivo. Por otro lado, los cordobeses, que al tener relaciones y contactos directos con nosotros en todos los órdenes, verían aumentar de inmediato y prodigiosamente su nivel de vida, en todos los aspectos. Por otro lado, de nuevo los cordobeses, que se evitarían las sangrientas consecuencias de ese golpe de estado que se está preparando. Y finalmente, saldríamos beneficiados nosotros, los norteamericanos, al disponer de un nuevo canal, con, plena vigencia de uso, y que atendería mejor las actuales necesidades de navegación de todos nuestros barcos, ya sean comerciales o de guerra. Finalmente, sepa

usted que tanto Tadeo Padilla como Miguel Barrios son los clásicos dictadores, que sólo piensan en sus propios beneficios a costa del pueblo, mientras que Feliciano Ruiz, nos consta, se entregaría en cuerpo y alma a la prosperidad de sus compatriotas; prosperidad, obvio es decirlo, que no sólo beneficiaría a los cordobeses, sino a Estados Unidos, al tener el canal en un país amigo y agradecido. Si usted acepta intervenir para colocar a Feliciano Ruiz en la presidencia antes de dos semanas, estupendo; todos saldremos ganando. Si usted no acepta esta misión, los comandos especiales de la CIA tendrán que intervenir en Córdoba directamente por las armas, en primer lugar, para eliminar a Miguel Barrios y sus mercenarios; y por métodos subversivos más adelante, para que, en diciembre, las elecciones presidenciales den como ganador indiscutible a Feliciano Ruiz, ya que, de no ser así, nuestros comandos volverían a actuar para que, fuese como fuese, Feliciano Ruiz, que en definitiva es el mejor hombre que podemos proporcionar a los cordobeses, sea presidente. Por los beneficios que de todo esto se derivan hacia Córdoba y sus habitantes, sé que usted aceptará esta misión. Gracias y buena suerte.

Fin de la proyección.

Número Uno se inclinó hacia adelante y detuvo la marcha de la moviola. Afuera lucía un sol espléndido. Allí dentro, cerradas casi completamente las persianas, se estaba fresco; una ligera brisa, procedente del mar, movía las blancas cortinas y las palmas de una palmera enana, colocada en un rincón, en un tiesto de azulejos.

Brigitte, Montfort se puso en pie y salió del salón. Poco después en el dormitorio, recurría de nuevo a la pequeña radio, cuyo botoncito de llamada Oprimió.

—La respuesta es Sí.

Cerró la radio, la guardó y volvió a reunirse con Número Uno, que la miró interrogante.

—¿Has dado tu respuesta?

—Sí, mi amor. Ha sido afirmativa, naturalmente.

—¿Por qué naturalmente? Si hemos de creer en Pitzer, en efecto, habría que sacar de la presidencia a ese Padilla, hacer pedazos a Miguel Barrios y colocar a Feliciano Ruiz como jefe de ese pobre país. Pero… ¿tú confías en todo lo que Pitzer dice?

—Sí…, hasta un límite razonable. De todos modos, tú y yo nos

enteraremos de la verdad y actuaremos en consecuencia. Y no me digas, que no vas a ayudarme a impedir que esos pobres cordobeses sufran las consecuencias de las ambiciones de Padilla y Barrios, o de los intereses de Estados Unidos, que está dispuesto a enviar allí a sus comandos de acción. ¿No vas a ayudarme a procurar que vivan mejor, más dignamente, unos pocos millones de personas?

—Me gustaría saber desde cuándo tomas decisiones por mí —masculló Número Uno.

—Sé muy bien que no te negarás a lo que te pida.

—Esa es otra cuestión —continuó mascullando él—. Lo que te he preguntado es desde cuándo y con qué base tomas decisiones por mí.

Brigitte Montfort se abrazó al cuello de Número Uno y se tendió hacia atrás en el amplio sofá, arrastrándole dulcemente. Llevaba allí cinco días. Cinco días maravillosos, como siempre, disfrutando del sol, la paz, el mar… y el amor de Angelo Tomasini. Le conocía tan bien, le amaba tanto, que ya hacía tiempo que había comprendido que a aquel hombre viril y hosco no había que mirarlo por fuera, sino por dentro. Tan quemado por el sol, tan alto, fuerte, adusto en apariencia, pese a su gran atractivo masculino, a Número Uno no valía la pena mirarlo por fuera, no… Porque, por hermoso que fuese por fuera, aún lo era más por dentro. Infinitamente más.

Por eso, mientras Brigitte Montfort lo acogía sobre su espléndido cuerpo y le besaba en la barbilla, y en la boca, y comenzaba a sentir en su piel la caricia de las manos de él, y afuera lucía el sol maravilloso, y la brisa movía las delicadas cortinas blancas, y las palmas de la palmera enana en su tiesto de azulejos, Brigitte susurró, por fin, la respuesta que Número Uno ya ni siquiera esperaba.

—Desde siempre… con amor.

Capítulo Primero

Sentado en uno de los taburetes ante el mostrador del bar del Aeropuerto Molares cordobés, a doce kilómetros de Ciudad Córdoba, Luciano Martos esperaba que alguien se presentase a la cita fijada para las once de la mañana.

Eran las once menos cuarto, así que todavía faltaba tiempo; pero a Luciano le gustaba hacer siempre las cosas con tiempo. La precipitación nunca da buenos resultados. Por ejemplo, recordaba aquella vez en que le habían ordenado que asesinase a un empleado del Ministerio del Interior que estaba metiendo sus narices mucho más allá de lo que convenía a determinadas personas, husmeando ciertos documentos de negocios que sólo beneficiaban a esas determinadas personas…

Pues bien, después de recibir la orden de asesinato, Luciano había ido cercando a su víctima, hasta que, finalmente, según le pareció a Luciano, se le puso a distancia de su cuchillo. La víctima, un tal Costas, salió aquella noche de su domicilio, y fue hacia el estacionamiento de coches donde tenía el suyo, en la parte de atrás del bloque de apartamentos donde vivía. Ocasión magnífica. Luciano se fue tras él; llegaron ambos al estacionamiento deficientemente alumbrado y Luciano se dijo que ninguna ocasión mejor que aquélla. No se veía un alma. Mientras Costas iba hacia los coches, Luciano apretó el paso, silencioso como un jaguar, hasta colocarse a, su espalda. Ya llevaba el cuchillo en la mano, así que sólo tuvo que mover ésta, con fuerza, y la aguda hoja se hundió en los riñones de Costas, con blando chasquido de carne desgarrada.

Un segundo después, Luciano se dio cuenta de que la ocasión no era tan magnífica como le había parecido, se dio perfecta cuenta de que se había precipitado: resultó que, al parecer, Costas iba a subir al coche de unos amigos que habían pasado a recogerlo y que le estaban esperando dentro del coche, en el estacionamiento…

Naturalmente, Costas lanzó un agudo alarido tremolante de dolor, de miedo, de angustia, y sus amigos, que sin duda le habían estado viendo acercarse, salieron rápidamente del coche, convencidos ya de que el sigiloso hombre que se había acercado a Costas no llevaba precisamente buenas intenciones. Resultado de esto fue que, cuando Luciano vio salir del coche a los otros hombres, se puso nervioso y, en lugar de seguir acuchillando a Costas por la espalda como era su especialidad y su placer, tuvo que agarrarlo por un hombro, obligarle a dar la vuelta y degollarlo brutalmente. El chorro de sangre salpicó en pleno rostro y pecho a Luciano Martos, que mientras tanto, se dio cuenta de que al menos uno de los hombres que esperaban a Costas, había sacado una pistola. La primera bala pasó a menos de un centímetro de la cabeza de Luciano, mientras corría alejándose de allí. Luego, ya no supo nada más, salvo que corrió como un loco, manchado de sangre, y que pasó verdaderos apuros para llegar a un lugar seguro.

A partir de aquel día, Luciano Martos decidió que había que hacer las cosas con tiempo, y asegurándose bien. Por eso, desde entonces, era uno de los asesinos más cotizados del país. Había perdido ya la cuenta de a cuántos sujetos había destrozado los riñones con su cuchillo. Su prestigio era tal que, finalmente, había sido contratado por aquellos tres hombres importantes que estaban viviendo como reyes en el hotel El Cóndor, por supuesto el mejor de Córdoba.

Curiosos sujetos aquéllos. Lo primero que habían hecho, para convencerle de que la cosa iba en serio, y que querían contar con él para una gran acción en la que tendría hombres a sus órdenes, había sido poner en las manos de Luciano nada menos que diez mil pesos… ¡Diez mil pesos…! El asesinato que más caro había cobrado Luciano, precisamente el de Costas, le había reportado solamente mil quinientos pesos. ¡Aquello era diferencia!

Sólo que, en esta ocasión, Luciano Martos no estaba en el aeropuerto para matar a nadie. Uno de aquellos sujetos, precisamente el chino, o japonés, o lo que fuese, le había enviado allí para que esperase a un hombre.

—¿Qué hombre? —había preguntado Luciano.

—No lo conocemos —había movido la cabeza el japonés o lo que fuese—. Pero él te conoce a ti, y quiere hacernos una

proposición utilizándote como intermediario.

—La verdad es que no me gusta mucho esto, señor Ono.

—Te estamos pagando espléndidamente para que hagas lo que te decimos. Luciano —el tal Ono hablaba estupendamente el español—, así que irás allá. El negocio que estamos preparando es muy importante, y queremos saber qué tiene que proponernos ese desconocido. Si nos interesa, bien. Y por si no nos interesa, y resulta que es un espabilado que sabe demasiadas cosas de nosotros, después de hablar con él lo sigues a ver dónde para, por si decidimos enviarte a matarlo.

Luciano había sonreído, porque esto ya le gustaba más. La posibilidad de volver a hundir su cuchillo en los riñones de alguien le producía una emoción maravillosa.

—Está bien —aceptó por fin—. Iré allá. Pero hay una cosa que no entiendo, señor Ono.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que ustedes no conozcan a ese hombre. Tienen que conocerlo, puesto que han hablado con él… ¿No?

Noburu Ono había sonreído con cortesía oriental. A fin de cuentas, no tenían por qué esperar que un asesino como Martos fuese, además, inteligente. Ni siquiera medianamente listo, en líneas generales.

—Ese hombre llamó al señor Hunter por teléfono al hotel, Luciano —explicó amablemente—. ¿Acaso tú puedes ver a la persona que te llama por teléfono?

—No, señor.

* * *

En realidad, la inspección de aduanas y policía era un mero formulario en Córdoba. Sobre todo, cuando se trataba de una pasajera tan linda como aquella que acababa de llegar en el vuelo 114 de la Aeroméxico. Era hermosa hasta la barbaridad… Sí, señor, ¡era bárbaramente hermosa! Seguramente, medía no menos de metro setenta, y coma además llevaba zapatos de tacón alto, resultaba tremendamente alta para el personal cordobés. Poseía una cabellera larga y negra, suavemente ondulada; tenía la boca roja y encantadora; y los más grandes, relucientes y hermosos ojos negros

que sin duda había producido México, país de hermosas mujeres, en toda su historia. Sí, era mexicana y se llamaba Margarita Cienfuegos.

Nombre muy apropiado porque era bella como una flor y, sin duda alguna, a su paso iba dejando encendidos cien fuegos en los corazones masculinos. Ningún problema con ella. Llevaba una sola maleta con etiquetas de hoteles de otros países, y un gracioso maletín rojo, con florecillas azules, que contenía, ¡cómo no!, esas cosas que siempre llevan las mujeres: carmín, maquillaje, sombreador de párpados, perfumes… También llevaba una radio a transistores, un secador a pilas para el cabello, una pequeña cámara fotográfica con su correspondiente trípode, de ligero aluminio, para poder fotografiarse a sí misma colocando la cámara sobre él, y correr a colocarse en la posición adecuada, mientras el mecanismo de tiempo iba disparando la cámara… También llevaba unos gemelos de teatro, cepillo para el cabello…

Llevaba tantas cosas, que debía ser un milagro que pudiera arreglárselas bien, cuando necesitase una determinada. Pero, en fin, eso era cosa de ella.

Era periodista.

El pasaporte fue visado, tras un rápido vistazo, y devuelto a la encantadora criatura.

—Periodista —sonrió el oficial de policía—. ¿Viene a escribir algo sobre Córdoba?

—No exactamente. He tenido una oferta del diario La Nación para ser corresponsal en Ciudad de México, y me ha parecido que sería interesante venir a discutir personalmente esa oferta.

—Le deseo mucha suerte y feliz estancia en Córdoba.

—Muchas gracias.

La señorita Cienfuegos tenía una sonrisa que aceleraba el ritmo de los corazones. Así pues, cuando se alejó con su maleta y su maletín, el oficial de policía miró a uno de sus hombres y suspiró, alzando los ojos hacia el cielo, poniéndolos en blanco. ¡Aquello sí era una mujer…!

Y mientras el oficial no tenía más remedio que regresar a la tierra para seguir visando pasaportes, la señorita Margarita Cienfuegos abandonaba la sala de llegada de vuelos internacionales. En el vestíbulo aceptó los servicios de un mozo del aeropuerto, que

la llevó al exterior, le buscó un taxi y sonrió en el colmo de la felicidad cuando, como pago, recibió veinte pesos. Margarita se sentó en la parte de atrás del taxi, y el chófer se volvió, erizado de placer su enorme bigote.

—¿Adónde vamos, niña? —preguntó.

—Al hotel La Sal, por favor. ¡Oh, un momento, he olvidado algo…! ¿Será tan amable de esperar unos minutos?

—¿Unos minutos? ¡Toda la vida, niña!

Margarita era muy simpática, así que obsequió con una sonrisa al bigotudo vejete. Salió del taxi y entró de nuevo en el aeropuerto, directa hacia el bar. Había algunas personas sentadas ante unas mesitas, y otras en taburetes, ante el mostrador. Mientras caminaba hacia allí, la mirada de Margarita se posó con descuido sobre un sujeto alto y delgado, un tanto encorvado, que vestía unos viejos pantalones blancos y una no menos vieja camisa negra, y calzaba sandalias; estaba muy bronceado, así que el tono de su piel contrastaba grandemente con sus blancos cabellos, peinados, por así decirlo, en una especie de remolino que tenía su centro en la coronilla.

Este hombre viejo y pobre de aspecto no pareció prestar tampoco gran atención a la bella muchacha. Simplemente, se limitó a mirar fijamente, durante tres segundos, a uno de los hombres que estaban sentados ante la barra del bar. Luego se acercó a una mesita mientras Margarita se dirigía hacia el mostrador.

Ocupó un taburete junto al hombre, lo miró y sonrió amistosamente.

Luciano Martos, que casi había respingado al ver sentarse a su lado a semejante monumento de mujer, creyó que estaba soñando cuando ella le sonrió, de aquel modo tan cordial… Casi afectuoso, sí.

Pero eso fue todo. La morena pidió un café y, mientras lo esperaba, volvió a mirar, sonriente, a Luciano.

—Buenos días, señor —saludó.

Luciano Martos consiguió salir de su pasmo. ¿Qué estaba ocurriendo? Sabía de sobra que él era feo, pequeño, renegro y torvo de rostro, y que además, tenía tres verrugas en un lado de la barbilla…

—Buenos días, señorita —respondió, muy finamente.

—¿Usted es del país?

—Sí… Sí, en efecto. ¿Por qué?

—Bueno… Acabo de llegar y estoy un poco desorientada. Un amigo me dijo que vendría a recogerme, y no lo ha hecho. Claro que ya me advirtió que quizá no podría venir, y por eso me envió una especie de plano para poder llegar a su casa desde el aeropuerto… Pero sucede que no entiendo muy bien ese plano.

—Comprendo. Si le parece bien, yo puedo echarle un vistazo y orientarla…

—¿De verdad sería tan amable? Oh, mi café… Vaya, he olvidado los cigarrillos con el equipaje…

—Si me permite… —ofreció Luciano su cajetilla.

—Claro que sí —la bellísima morena aceptó también la llamita del encendedor—. ¡Muchísimas gracias!

—No tiene importancia. ¿Me permite ver el plano que le hizo su amigo?

—Oh, sí…

La morena de los ojos negros colocó sobre el mostrador el maletín rojo con florecillas azules, lo abrió, y sacó una hoja de papel, doblada en cuatro. La desdobló y la tendió a Luciano Martos, que la tomó con expresión expectante e interesada. Durante unos segundos, estuvo examinando el plano, hecho a mano, con gran atención. Por fin, asintió con la cabeza y señaló un punto.

—Bien, nosotros estamos aquí ahora, ¿lo ve? Esto es el aeropuerto… —Luciano se calló, porque la morena se había inclinado hacia él, casi le tocaba, y podía percibir el suave perfume de sus cabellos—. Desde…, desde aquí, y tomando la carretera que va hacia la ciudad… Un momento. ¿Tiene usted coche?

—Oh, claro que no.

—¡Pero entonces es muy fácil…! Sólo tiene que tomar un taxi y enseñarle este plano al conductor. Está muy claro, y él lo entenderá enseguida… Además, según veo, la casa de su amigo está en un lugar muy despejado, es muy fácil de encontrar.

—Santo Dios… ¡Es verdad! ¿Cómo he podido ser tan tontísima?

—Bueno, a veces, todos nos distraemos un poco, señorita.

La morena señaló el papel, frunciendo el ceño.

—¿Está seguro de que cualquier taxista entenderá el plano tan bien como usted, señor?

Luciano Martos volvió a mirar el papel, reflexionó unos segundos y asintió con la cabeza.

—Yo diría que sí. Está muy claro.

—Bien… Si se me hubiese ocurrido a mí esta solución, no le habría molestado. Muchas gracias, señor.

—No se merecen. Su plano…

—Ah, sí. Bien; creo que debo marcharme ya —la morena terminó su café y del maletín sacó un portamonedas—. ¿Cuánto cuesta un café aquí?

—A usted, nada —sonrió Luciano.

—¿Cómo dice? ¿Perdón…?

—Será para mí un placer invitarla.

—Oh… ¡Oh! Bueno, muchas gracias… ¡Es usted de verdad amable, señor! Si en alguna ocasión pasa cerca de la casa de mi amigo, por favor, no deje de visitarme; me gustaría corresponder a su invitación y a su amabilidad.

—Lo tendré en cuenta —musitó Luciano— relucientes los pequeños ojos.

La morena le volvió a sonreír, cerró al maletín, tomó el asa con la mano izquierda y tendió la derecha a Luciano, para definitivo pasmo de éste.

—Adiós, señor. Y una vez más, gracias.

Luciana estrechó la fresca y delicada, manita de la morena… Estaba bastante aturdido. Incluso tenía la sensación de que se le estaba invitando a… a algo. Pero no podía ser. Tenía que quedarse allí, tenía que esperar a aquel sujeto que el demonio se llevase.

Miro el reloj del vestíbulo, que señalaba ya las once y tres minutos. Luego, rápidamente, volvió la mirada hacia la morena, que se alejaba caminando con una gracia y una elegancia inauditas. La estuvo mirando, disfrutando visualmente de la belleza de sus piernas, hasta que salió del aeropuerto. Luego, con un suspiro, Luciano se volvió hacia su segundo «chiquito», lo terminó de un trago y miró otra vez el reloj. Las once y cuatro minutos… En aquel momento, la gran aguja minutera saltaba hacia el uno; las once y cinco.

Las once y cinco y aquel sujeto sin aparecer. Evidentemente, no era de los que habían aprendido que las cosas hay que hacerlas con tiempo, como Luciano…

De pronto, éste vio el papel doblado en cuatro sobre el mostrador, a su izquierda, justo donde la hermosa morena había tenido el maletín. Luciano Martos era muy «listo» y comprendió enseguida. No era posible que el papel hubiese ido a parar allí, o sea, quedando debajo del maletín, sin que la muchacha se hubiese dado cuenta. Así pues, ella debía haberlo dejado a propósito. ¿Y para qué? Pues… ¿para qué otra cosa sino para que él, Luciano, lo recogiese y así no tuviese ninguna dificultad para localizar la casa del amigo de la morena?

Con un gesto discreto; Luciano recogió el papel y se lo guardó en el bolsillo de su blanca chaqueta sudada. Luego volvió a mirar el gran reloj: las once y siete minutos.

A las once y diez, Luciano, mosqueado, pagó sus «chiquitos» y el café de la morena y saltó del taburete, dirigiéndose directamente a la salida. ¡Al demonio con aquel sujeto de la cita…! En cuanto a la morena, debió preguntarle, al menos, el nombre.

Salió del aeropuerto y fue al estacionamiento donde había dejado el viejo coche que había comprado hacía algunos meses. Era conveniente tener coche. A veces, a Luciano le habían encargado asesinatos en puntos alejados de la capital, y siempre era bueno disponer de sistema propio de desplazamiento, pues así nunca se dejaba constancia de haber estado en tal o cual lugar, como podía suceder si le veían en el bus o en el tren…

Llegó a su coche, abrió la portezuela y comenzó a meterse dentro. Al mismo tiempo, se daba cuenta de que tenía a alguien tras él. Esto era tan sorprendente para Luciano, que ni siquiera respingó. El pasmo le impidió reaccionar. ¿Cómo era posible que alguien hubiese llegado tan cerca de él y nada menos que por la espalda, sin que se diese cuenta?

Alzó la mirada hacia el rostro del hombre. Era un anciano de blancos cabellos y tez bronceada, que le miraba con gran atención.

Luciano comprendió.

O pareció comprender.

—¿Es usted el que…?

El anciano adelantó la mano derecha. Sin aspavientos, sin violencia, sin que se notase si estaba realizando o no un esfuerzo. Pero el agudo estilete pinchó una de las costillas del lado izquierdo del pecho de Luciano, luego se deslizó por aquélla hacia abajo y

pasó entre dos, incontenible, poderosamente. El acero llegó al corazón de Luciano Martos y éste emitió un ronquido, se estremeció fuertemente, puso los ojos en blanco… y se relajó, fulminantemente muerto.

El anciano de blancos cabellos no se molestó en retirar el estilete de las costillas de Luciano. Simplemente, empujó a éste hacia el otro lado del asiento y él ocupó la plaza ante el volante. Cerró la portezuela y se volvió hacia Luciano, de cuyo bolsillo retiró las llaves del coche, que colocó en la ranura. No estaba alterado en lo más mínimo, por aquel claro asesinato que acababa de cometer. Quizá porque pensaba dos cosas. Una: Luciano Martos merecía la muerte y hacía ya mucho tiempo. Dos: quien a hierro mata, a hierro muere.

Y hasta, posiblemente, pensase una tercera cosa: la muerte de Luciano Martos significaba que en el mundo se cometerían algunos asesinatos menos. Algo es algo.

El motor rugió y el anciano sacó el coche del estacionamiento, siempre impávido. Junto a él, grotescamente retorcido a los pies del asiento, viajaba el cadáver de Luciano Martos.

Quince minutos más tarde, el anciano detenía el coche a un lado de una carretera estrecha y flanqueada por altísimos árboles, hasta el punto de que, en un buen tramo, la carretera permanecía en la sombra. A poca distancia de donde había detenido el coche habían dos hombres sentados en el suelo, uno de ellos fumando. Junto a ellos había una motocicleta, apoyada en uno de los árboles.

—Vaya —comentó uno de ellos, en inglés—. Parece que el pobrecito Luciano ya no asesinará a nadie más, ¿verdad?

Capítulo II

La hermosísima señorita Margarita Cienfuegos estaba ya instalada en la *suite* 3 del hotel La Sal. Desde la terraza adornada con muchas flores y plantas veía el mar, al otro lado de la avenida, y la grandiosa playa que se extendía hacia la parte Sur de la ciudad. El hotel La Sal era el segundo en importancia y lujo de la ciudad, después del Cóndor. Desde la piscina del hotel había un paso subterráneo que permitía a los clientes llegar a la playa pasando por debajo de la avenida. Una playa muy ancha y blanca en muchos puntos.

Después de las mareas, en la playa quedaban grandes charcos de agua que, al evaporarse, dejaban depositada la sal que contenía. Una sal blanquísima, que brillaba cegadoramente al sol. Sin duda alguna era por eso que al hotel le habían puesto el nombre de La Sal.

Después de estar contemplando unos minutos el mar, sonriendo al ver algunas gaviotas suspendidas en el cielo, Margarita había regresado al interior de la *suite*, y se había dedicado a deshacer su equipaje, colocando las cosas muy cuidadosa y meticulosamente en el armario. Luego, del maletín había sacado un paquete de cigarrillos que fue a colocar en el taburete del cuarto de baño. Acto seguido, se desnudó completamente, dejando al descubierto un cuerpo bellísimo, que parecía de seda y oro. Se estuvo mirando unos segundos en el espejo del cuarto de baño, como admirada de la turgencia de sus senos y de sus caderas.

La señorita Cienfuegos se duchó, con agua caliente, enjabonando el espléndido cuerpo. No lo había hecho desde que emprendiera el largo viaje, y comenzaba a sentirse incómoda. Al terminar se duchó con agua, fría. Sin salir de la bañera, comenzó a secarse y fue entonces cuando del paquete de cigarrillos que había dejado sobre el taburete brotó un suave zumbido.

Margarita salió de la bañera, tomó el paquete de cigarrillos tiró de uno de éstos haciéndolo sobresalir, y musitó:

—¿Sí?

—Ya está hecho.

—Bien. *Suite* 3.

—De acuerdo.

Margarita bajó el cigarrillo, cortando la comunicación.

Después de secarse, fue a mirar su relojito de pulsera de platino y brillantes. Eran las doce menos diez. Tenía tiempo sobrado de vestirse sosegadamente, colocar de nuevo los elementos de su sencillo disfraz facial y bajar al comedor a almorzar. Luego, incluso tendría tiempo de dormir la siesta.

Hasta media tarde no tenía nada mejor que hacer.

Debían ser cerca de las seis de la tarde cuando Margarita Cienfuegos llegó al hotel El Cóndor, que se hallaba situado más al norte que el La Sal, en una playa más inclinada, por lo que la sal no formaba allí pequeñas lagunas refulgentes. Naturalmente, también en el Cóndor había un paso subterráneo hacia la playa por debajo de la Avenida del Mar, partiendo de los jardines donde estaba la piscina, de forma caprichosa, más grande que la del La Sal, y revestida de azulejos azules, de modo que el agua parecía ser realmente de un bello azul.

Un solo vistazo por la terraza de la piscina bastó a la señorita Cienfuegos para cerciorarse de que las personas que buscaba no estaban allí. Había muchas personas, pero no las que ella deseaba.

Se sentó ante una de las mesitas de cuyo agujero central emergía el mástil del parasol que la sombreaba. Del maletín rojo con florecillas azules sacó un paquete auténtico de cigarrillos, y encendió uno. Cerró el maletín, lo depositó junto a ella, sobre la mesa, y se decidió a mirar, con gesto amable, a su alrededor mientras fumaba. En la piscina, varios jóvenes reían sus alegres bromas, echándose mutuamente palmadas de agua. Desde el trampolín, un hermoso muchacho de alrededor de veinte años, atlético, muy bronceado por el sol, dio un grito, advirtiendo que iba a zambullirse, y los que estaban ya en la piscina comenzaron a abuchearlo… Sin embargo, el salto, doble mortal, fue perfecto, magnífico. El saltador reapareció en la zona de la piscina para no nadadores, donde un matrimonio de edad madura se remojaba

sosegadamente. En el centro de la piscina, los alegres jóvenes de ambos sexos estaban abucheando de nuevo al saltador, que alzó un brazo, mostrando los dedos índice y corazón extendidos, formando la V de la victoria. Más abucheos. Alrededor de la piscina, los demás clientes del hotel, presentes en la terraza, sonreían. ¡Ah, qué hermoso era ser joven…!

—¿Señorita?

Margarita miró al camarero que se había colocado junto a ella, y sonrió.

—Estoy esperando a unos amigos que están alojados en el hotel. ¿Puede traerme un refresco de piña, mientras tanto?

—Por supuesto, señorita.

—Espere un momento… Espero no haberme equivocado: mis amigos son los señores Hunter, Ono y Piowitz. Están aquí, ¿no es cierto? Uno de ellos, el señor Ono, es japonés.

—Ah, sí, sí. Sí, sí. ¿Desea que les avise?

—No. Pero si viese usted que iban a salir del hotel, sin pasar por la terraza, sea tan amable de advertirles mi presencia.

—Desde luego.

—Muchas gracias.

El camarero se alejó, consiguiendo no volver la cabeza para no perder de vista a la bellísima joven, que llevaba un ligero vestidito de tarde de tono azul oscuro, sin mangas y escotado con tan discreta gracia, que uno no sabía si realmente estaba o no estaba viendo el nacimiento de los que, sin duda, debían ser unos hermosísimos pechos.

Hermosísimos pechos que, al parecer, no despertaron en absoluto el interés del hombre con lentes y barba que llegó en aquel momento a la terraza.

Este interesantísimo hombre se sentó ante una mesa situada a la izquierda de Margarita Cienfuegos, y un poco atrás, de modo que sólo podía ver a Margarita de perfil. Al parecer, la hermosura de la señorita Cienfuegos no le interesaba ni poco ni mucho. Sacó un paquete de cigarrillos, un encendedor, y se dedicó a fumar, dejando el encendedor sobre la mesa.

El camarero llegó con el refresco de piña para Margarita, vio al nuevo personaje, y se acercó a él. El joven pidió un *whisky* con hielo, y luego se dedicó a mirar hacia la piscina, inescrutable como

una piedra…, mientras algunas damas tenían que contener sus lánguidos suspiros contemplando aquellos hombros anchos, las manos grandes y bellas, quemadas por el sol…

Debían ser cerca de las seis y media cuando en la terraza apareció Noburu Ono, el menudo japonés de manos cuadradas que parecían de piedra. Miró a todos lados, localizó a Margarita Cienfuegos, y se acercó a ella, caminando lentamente. Margarita le vio, pero no hizo gesto alguno. Cuando el japonés llegó ante su mesa, y apoyó las manos en ésta, Margarita las miró, y comprendió enseguida a qué se debía su forma y su aspecto de indestructible solidez: karate. El japonés era un practicante asiduo de karate. Con un golpe de sus manos podía partir cualquier cosa, prácticamente…

—Perdone —sonrió inexpresivamente Ono—. ¿Es usted la señorita que busca a Ross Hunter?

—Así es, señor Ono. También quisiera hablar con usted, y con el señor Piowitz.

—¿Sobre qué?

—Según entiendo, quien toma las decisiones en su grupo es Ross Hunter. Así pues, hablaré con él. Lo cual no quiere decir que usted y el señor Piowitz tengan que permanecer al margen, ni mucho menos.

—¿Qué quiere de Ross?

—Como punto de partida, darle recuerdos de parte de Luciano Martos.

El rostro del japonés no se alteró en absoluto.

—¿Luciano Martos? ¿Quién es?

Margarita lanzó una deliciosa carcajada, que atrajo hacia su mesa las miradas de buena parte de los ocupantes de la terraza.

—Vamos, señor Ono… —exclamó—. ¿No sabe usted quién era Luciano Martos?

—¿Era?

—Era, Una de las modalidades del tiempo pasado del verbo ser. Los dos hablamos lo bastante bien el español para que usted entienda que cuando de una persona se dice que era, es porque ya no es o no está. Luciano Martos ya no es ni está: ha muerto.

—No se vaya —susurró Ono.

—No pienso hacerlo, sin hablar antes con Hunter.

Noburu Ono se alejó. La señorita Cienfuegos volvió ligeramente

la cabeza, y contempló un instante, sin expresión alguna en su hermoso rostro, al hombre atractivo de la barba. Luego encendió otro cigarrillo.

Ross Hunter apareció un par de minutos más tarde, acompañado por Ono y por el pelirrojo y muy pecoso Karl Piowitz. Los tres llegaron sonriendo amistosamente ante Margarita, cuya mirada fue velozmente de unos ojos a otros… El que menos le gusto, viendo sus ojos al natural, fue Karl Piowitz. Era el más cruel, sin duda alguna.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Hunter.

—Naturalmente.

Se sentaron los tres, rodeando la mesa. Ross Hunter examinaba con amable sonrisa a la bella Margarita, que a su vez sonreía como divertida.

—Me dice Noburu que Luciano ha tenido un contratiempo, señorita… señorita…

—Cienfuegos. Margarita Cienfuegos, mexicana. Usted es Ross Hunter, británico, y ellos son Karl Piowitz, polaco, y Noburu Ono, del cual huelga decir que es japonés. Los tres están dedicados hace tiempo a una interesante profesión, que ya va dejando de ser moderna: mercenarios.

Hunter atajó con un ademán la reacción de Karl Piowitz.

—¿Y usted qué es, señorita Cienfuegos? —se interesó.

—Básicamente, yo soy una cosa, inteligente. ¿Lo es usted, señor Hunter, además de mercenario?

—De acuerdo —casi rió, Hunter—. Hablemos. ¿Qué ha pasado exactamente con Martos?

—Hace algún tiempo, Luciano Martos tuvo la mala ocurrencia de luchar frente a mí, en un pequeño asunto en Panamá… Me mató dos colaboradores y desapareció. Aunque sin gran interés, mis hombres, entre otras cosas, se dedicaron a buscar a Martos, y finalmente lo localizaron aquí, en Ciudad Córdoba. La idea inicial e inmediata fue eliminarlo, pero, antes de hacerlo, quise saber qué estaba haciendo Martos en la actualidad. Así, supe que estaba trabajando para tres caballeros interesantes. Y entonces me pregunté: ¿qué hacen un japonés, un polaco y un británico, juntos, alojados en el mejor hotel de Córdoba?

—¿Lo ha averiguado? —preguntó fríamente Piowitz.

—No del todo. Pero tengo buen olfato, y decidí que sería interesante estudiar si el negocio podía llegar a interesarme. Sin embargo, Martos estaba condenado a muerte hacía meses, así que, como primera medida, uno de mis hombres se puso en contacto con usted, señor Hunter, solicitando la mediación de Luciano.

—¿Con el exclusivo propósito de tenerlo a tiro para matarlo?

—En efecto. Pero no se preocupe por eso: no serán hombres lo que nos falten.

—¿Tiene usted hombres a sus órdenes?

—Algunos —sonrió Margarita.

—¿Y a qué se dedican ustedes?

—Depende. Desde simple contrabando a la creación de guerrillas, podemos hacerlo todo…, si se nos paga bien. Incluso, si es necesario, podemos apoyar un golpe de estado, por ejemplo.

—¿A cambio de qué? —musitó, de pronto, Hunter.

Margarita alzó las cejas. Luego tendió su mano por encima de la mesa.

—¿Me permite su mano, señor Hunter?

—¿Para qué?

—Oh, vamos —rió ella—. ¡No pienso comérmela!

—¿Es usted quiromántica?

—No se ría, señor Hunter. Una vez, fui pitonisa, y no lo hice mal del todo. Creo estar capacitada, al menos, para adivinar su porvenir, en las líneas de su mano.

Aquí tenemos la de la inteligencia, por ejemplo —deslizó un dedito de la otra mano sobre una de las líneas de la de Hunter—. Su línea de la inteligencia es francamente pobre, señor Hunter.

—Eso quiere decir —casi rió el británico— que soy tonto…

—Exactamente eso me ha parecido, cuando me ha preguntado que a cambió de qué apoyaría un golpe de estado. ¿A cambio de qué ha de ser, sino a cambio de mucho dinero?

—¿Me permite su mano? —masculló de pronto, Piowitz.

Margarita le miró; sorprendida. Pero enseguida soltó la mano de Hunter, y tendió la suya a Piowitz, que la tomó, la colocó palma arriba, y señaló al centro.

—¿Ve esta línea, señorita Cienfuegos?

—Perfectamente —asintió ella.

—Pues es la línea de la vida, y usted la tiene muy, muy corta. De

modo que…

—Vamos, Karl —gruñó Hunter—, no seas estúpido. Nada de amenazas ni antagonismos. Deja la mano de la señorita Cienfuegos, y sigamos Conversando amistosamente.

Piowitz soltó la mano de Margarita, sin dejar de mirarla torvamente. Más allá, el atractivo y bronceado sujeto de la barba se puso en pie, dejó un billete sobre la mesita, y se dirigió hacia el interior del hotel. Había consultado su reloj, y, al parecer, estaba ya cansado de esperar. Desapareció.

—Desde luego —estaba diciendo Hunter—, no vamos a pelearnos por la muerte de Martos. Era un simple sicario, que puede ser fácilmente sustituido. Hablemos de lo que interesa: ¿qué estaría usted dispuesta a aportar a mi grupo, y a cambio de cuánto?

—Podría aportar, en menos de cinco días, doscientos cincuenta hombres armados suficientemente y expertos en asuntos de esta clase. Como es lógico, yo recibiría órdenes de usted, y ellos, de mí.

—¿Cuánto quiere por eso?

—Tres millones de dólares.

Ono permaneció impasible, Piowitz palideció, y Ross Hunter lanzó una carcajada.

—¡Vamos…! —exclamó—. ¡Está usted bromeando, sin duda!

—Claro que no. Diez mil dólares para cada uno de mis hombres, y quinientos mil para mí y para atender los gastos de la operación: transporte, munición, provisiones… Es un precio razonable, me parece.

—Usted está loca —masculló, Piowitz—. Ni remotamente vamos a cobrar nosotros esa cantidad.

—Oh… ¿Eso quiere decir que trabajan por menos?

—Sí.

—Lamentable. Y deprimente. Hay que hacerse pagar bien, señor Piowitz. En general, las personas que nos contratan parecen olvidar que nuestra participación en asuntos de esta clase tiene un riesgo muy digno de consideración: morir. Y no me parece que a un hombre se le deba pedir que corra el riesgo de morir, por menos de diez mil dólares. No, a mis hombres, al menos.

—Lo que usted dice es interesante —encogió los hombros el polaco—, pero olvide el asunto. Jamás le pagaríamos esa cantidad.

Margarita miró a Hunter.

—¿Está usted de acuerdo con él? —preguntó.

—Desde luego.

—Bien —la bella mexicana se quedó mirando su copa de refresco de piña—. Parece que he perdido el tiempo.

—Así es.

—Mala suerte. Pero sigamos hablando de dinero: ¿cuánto, por permanecer callada?

—¿Pretende usted que le paguemos por no decir nada de lo que nosotros podamos estar preparando en Córdoba?

—Digamos que he tenido unos gastos en este viaje, y qué me gustaría recuperarlos.

—Me parece bien —sonrió Hunter—. ¿Cuánto ha gastado?

—Oh, unos… doscientos cincuenta mil dólares.

—Caramba —la sonrisa de Hunter pareció congelarse—. Al parecer, le gusta a usted viajar bien, señorita Cienfuegos.

—Sólo se vive una vez —sonrió también Margarita—, así que debemos procurar hacerlo bien. ¿Le parece justa la cantidad?

—Comprenderá que no la llevo encima. Ni dispongo de ella en efectivo, en este momento. Dígame a dónde puedo enviársela dentro de un par de días.

Margarita se puso en pie y recogió su maletín.

—Hotel La Sal. Hubiese querido alojarme aquí, pero me pareció más conveniente no mezclarnos.

—Ha hecho usted bien. ¿Puede esperar esos dos días?

—Por supuesto. Precisamente, tengo algunas cosas que hacer fuera de la ciudad… Volveré por aquí dentro de cuarenta y ocho horas, señor Hunter. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero, espere un momento… Quizá tenga algunas dificultades para reunir esa cantidad en dos días Si así fuese, ¿la llamo al hotel para…?

—No, no. Me marcho del hotel esta misma noche, así que no podrá ser. Mmnm… Yo le llamaré a usted pasado mañana, para saber si todo va bien. ¿Sí?

Ross Hunter asintió. Margarita agitó los deditos con gracioso gesto, y se alejó dos pasos, para volverse sobresaltada.

—¡Oh, me olvidaba pagar mi refresco de pina…!

—No se preocupe —sonrió Hunter—: es una invitación nuestra.

—¡Qué amables son ustedes…! Todo el mundo es amable

conmigo en Córdoba. Adiós, señores.

Margarita Cienfuegos desapareció; los tres mercenarios estaban silenciosos. De pronto, Piowitz masculló:

—La muy puerca… ¡Nos está haciendo chantaje a nosotros! ¡A nosotros!

—No cabe duda de que se ha enterado bien del asunto —susurró Hunter—. Al menos, bastante bien. Esperad un momento.

Se puso en pie, y se acercó a una mesa a la cual habían sentados dos hombres, con estridente aspecto de turistas disfrutando sus vacaciones.

—¿La habéis visto bien? —murmuró.

Uno de ellos sonrió y dijo:

—Sólo un ciego no vería bien a una hembra como ésa, Ross.

—Seguidla. Cuando sepáis dónde para, llamadme aquí. Con cuidado.

Regresó a la mesa que había ocupado Margarita. Cuando se sentó de nuevo, entre Ono y Piowitz, los dos hombres abandonaban la terraza. Noburu Ono comentó:

—¿Glensson y Cellini van por ella, a falta de Luciano Martos?

—De momento, quiero saber si es cierto que está en el hotel La Sal. Luego ya veremos.

—No creo que haya nada que ver —refunfuñó Piowitz—: es una mala puta, que se ha ganado unos cuantos balazos en el sitio.

—Tranquilízate —frunció el ceño Hunter—, y pensemos. Luciano Martos no sabía concretamente lo que estamos preparando, así que debemos pensar que Margarita Cienfuegos ha obtenido la información por otro conducto, en efecto. Ahora bien: ¿cuál conducto?

—Quizá deberíamos llamar al señor Barrios —sugirió Ono.

Ross Hunter movió negativamente la cabeza.

—Nada de eso. Si le decimos a Miguel Barrios lo que está ocurriendo, quizá le entrase miedo y desistiese del golpe de estado para eliminar a Tadeo Padilla, y colocarse en la presidencia. En ese caso, nos daría una pequeña cantidad compensatoria de gastos, y nos despediría. Nos encontraríamos otra vez sin trabajo…, y habríamos perdido el gran negocio que significaría para nosotros que Miguel Barrios ocupase la presidencia tres millones de dólares, uno para cada uno. No, no, no… Nada de eso. Nosotros nos

encargaremos de esa zorra, y seguiremos adelante; sin decirle ni una palabra de esto a Miguel Barrios. ¿Está claro?

Estaba claro.

Veinte minutos más tarde, un camarero se acercó a la mesa, portando un teléfono.

—Para usted, señor Hunter. ¿Lo conecto?

—Sí, sí, gracias.

El camarero enchufó el aparato a la toma de la mesa, y tendió el auricular a Hunter, retirándose enseguida discretamente.

—¿Sí?

—Bien. ¿La esperaba alguien aquí fuera, o en el hotel?

—De acuerdo. Se va a marchar del hotel esta misma noche, no sé a qué hora. Ya no debe volver. ¿Entendido?

Hunter colgó, y miró a Ono y Piowitz.

—En efecto, está en el hotel La Sal. Glensson y Cellini la han seguido hasta allí, a pie. Pero si ella se va a marchar, es de suponer que lo hará en coche, así que uno de ellos irá a buscar otro, para seguirla. Tienen tiempo de sobra, aún es de día…

Capítulo III

Después de cenar, la señorita Cienfuegos pasó desde el comedor del hotel al vestíbulo, y se dirigió hacia la conserjería.

Se detuvo ante el mostrador sonriente…

—¿Me consiguieron el coche? —preguntó.

—Desde luego, señorita Cienfuegos. Tengo las llaves a su disposición. ¿Va a salir esta noche?

Margarita Cienfuegos vaciló visiblemente. En lugar de responder a la pregunta, hizo ella otra:

—¿No me han llamado por teléfono?

—No, no. Recuerdo perfectamente que usted me advirtió esta posibilidad, y que si la llamaban debía avisarla al comedor.

—Sí, bien… Bueno, quizá usted abandonó el puesto en algún momento y me llamaron y otro empleado tomó el recado. ¿Sería tan amable de mirar si hay alguna nota en este sentido para mí, procedente del señor Ross Hunter?

El conserje no había abandonado su puesto en ningún momento, y sabía perfectamente que tal recado no existía. Pero era un veterano en su profesión, y sabía que ser complaciente no sólo no cuesta trabajo, sino que suele proporcionar buenos dividendos. Así que, tras un gesto amable de espera a la señorita Cienfuegos, tomó el anotador de recados telefónicos, y lo examinó con grave gesto, a conciencia.

—No —movió la cabeza—. No hoy nada para usted.

—Bien… Voy a estar en mi *suite* a partir de este momento. Si me llamase el señor Hunter, páseme inmediatamente las comunicaciones, por favor…

—Por supuesto que sí, con mucho gusto. Le daré también las llaves del coche… Está delante mismo del hotel, un poco hacia abajo. Lo identificará enseguida: es un «Olimpia» azul claro.

—Gracias… No olvide lo de la llamada.

La señorita Cienfuegos recogió las llaves del coche y la de la *suite*, y se dirigió hacia ésta, tras sonreír al amable conserje. Poco después cerraba la puerta tras ella, cruzaba el saloncito de la *suite*, y entraba en el dormitorio. Se desnudó completamente, y se sentó en una de las butacas, encendiendo un cigarrillo. Eran las nueve y diez minutos.

A las diez menos cinco sonó el teléfono colocado sobre la mesita de noche, al mismo tiempo que el supletorio del saloncito. Margarita se puso en pie, sonriendo secamente, y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Ah, sí… Es usted muy amable al interesarse personalmente por esto… Sí, sí, por favor, páseme la llamada del señor Hunter.

Se oyó el chasquido de la clavija y Margarita inquirió:

—¿Ross?

—Te has retrasado mucho —siguió hablando Margarita, en inglés—. ¿Acaso hay alguna dificultad?

—Entiendo. Bueno, te estaba esperando para ir juntos a examinar por última vez el material, ya sabes.

—¿No puedes ir? Vaya… ¿Qué hacemos? El tiempo está pasando, Ross, y no creó que…

—Ah. ¿Yo sola? Bueno, bueno… no tengo inconveniente. Puedo ir ahora mismo, desde luego. ¿Tú te quedas en El Cóndor?

—De acuerdo. No sé cuándo volveré, supongo que no antes de veinticuatro horas. ¿Te llamo cuándo regrese o volverás a llamarme tú?

—Muy bien. Adiós, Ross.

Colgó, y se quedó mirando el teléfono unos segundos, sonriendo aviesamente. Luego se vistió, eligiendo ahora unas prendas que, ciertamente, no parecían adecuadas para una *soirée* elegante: un jersey negro, pantalones acampanados de color granate, muy oscuros, y unos mocasines también negros. Sin más, cogió su maletín y abandonó la *suite*. Poco después llegaba a la conserjería, donde el conserje la esperaba, sonriente.

—Por fin llegó la llamada del señor Hunter, señorita Cienfuegos.

—Sí… Ha sido usted muy amable, de veras. Desde que he llegado a Córdoba, sólo estoy tratando con personas muy amables… Le dejo la llave de la *suite*, pero me llevo el coche. Seguramente,

voy a estar fuera de la ciudad hasta mañana por la noche, quizá regrese pasado mañana. Pero conservo la *suite*, desde luego. Quiero decir que no deben preocuparse por mí, aunque esté un par de días fuera.

—Entendido, señorita Cienfuegos —sonrió de nuevo el amable conserje.

Margarita sonrió también, y salió del hotel. En efecto, el «Olimpia» azul claro estaba estacionado junto a la misma acera del hotel, un poco más abajo. Entró en el vehículo, depositó el maletín en el asiento contiguo al del conductor, y puso el coche en marcha.

* * *

El «Olimpia» se despegó del bordillo, y comenzó, a rodar avenida arriba. Glensson; sentado junto a Cellini, lo señaló.

—Ahí va —musitó.

Cellini puso en marcha su coche, y partió en pos del «Olimpia». Ross Hunter había tenido razón: la estupenda morena salía de paseo aquella noche…

—¿Adónde debe ir? —murmuró Cellini.

—¿Qué importa eso? Tú síguela, hasta que lleguemos a un lugar adecuado para liquidarla. Y según qué lugar sea, incluso podríamos divertirnos un rato con ella, antes de matarla. ¿Qué te parece?

—Es una buena idea —sonrió Cellini—: La verdad es que esa hembra está como para pasarse la vida con ella en la cama.

—Pues no creo que dispongamos de tanto tiempo, pero a lo mejor podemos gozarla un par de horas.

Seis o siete minutos más tarde, los dos coches abandonaban la ciudad, por la salida norte, enfilando la Autopista Solar, por la que se lanzaron a buena velocidad. Debían llevar unos quince kilómetros recorridos cuando, al llegar cerca de la salida 2, brillaron las luces rojas de los frenos del «Olimpia».

—Va a salir por la dos —dijo Cellini.

En efecto. Poco después, el «Olimpia» se colocaba a la derecha y el rojo intenso de las luces de los frenos volvió a destacar. A los pocos segundos, enfilaba la salida 2, describía el amplio círculo, y llegaba ante la cabina de pago del peaje. Un minuto más tarde, los dos coches estaban rodando por una carretera estrecha y flanqueada

por altísimos árboles, que parecían enormes fantasmas a las luces de los faros. Por el lado izquierdo, la luz de la luna pasaba entre los gruesos troncos, y, entre esta iluminación, y la del «Olimpia» que le precedía, Cellini podía conducir con todas las luces de su coche apagadas.

Cinco minutos más tarde, el «Olimpia» desaparecía, de pronto. Cellini lanzó una exclamación y dio todo el gas. Llegó en pocos segundos al desvío, y, algo más allá, vio las luces de posición del «Olimpia», rebotando sobre un camino de tierra.

—¿Adónde demonios va? —masculló Glensson.

Lo supieron sólo un par de minutos más tarde. El «Olimpia» se detuvo, por fin, delante de una pequeña construcción, en la que no se veía una sola luz. Las luces del «Olimpia» fueron apagadas. La muchacha mexicana salió del coche, quedando perfectamente visible a la luz de la luna. Llevando su maletín en la mano izquierda, se dirigió hacia la casita. Desapareció en la zona sombreada del porche. Luego brilló la luz, en un alargado rectángulo desde la puerta de la casa hasta el coche «Olimpia». La puerta se cerró, y todo quedó a oscuras, hasta que, segundos después, brilla de nuevo la luz, ahora en una de las ventanas.

Glensson y Cellini cambiaron una mirada.

—¿Qué habrá venido a hacer a esa cabaña? —se interesó el primero.

—Eso no nos importa. Lo que sí importa es que está sola ahí. Vamos por ella. Podemos sorprenderla… Y seguro que en esa cabaña debe haber alguna cama.

Rieron los dos, por lo bajo. Cellini paró el motor, y salió del coche. Glensson lo hizo por el otro lado, y se reunieron delante. La luz continuaba viéndose en una de las ventanas, proyectándose hacia la pequeña explanada donde había quedado el «Olimpia», así que, sin necesidad de consultarse, los dos asesinos salieron del camino, desplazándose hacia la casa entre los matorrales. Por fin, se detuvieron entre éstos, a unos diez o doce metros de la casa. Se quedaron inmóviles, mirando hacia ésta.

—¿Y si hubiese alguien más en la casa? —susurró Cellini.

—No. Ella ha abierto con su llave… Y todas las luces estaban apagadas. Debe estar sola.

—Puede haber alguien más, que estaba durmiendo —insistió

Cellini.

Glensson tuvo que admitir el razonamiento de su compinche.

—Es posible. Bueno, quédate aquí: iré a echar un vistazo por la ventana. Seguramente, la veré sola, en la salita. O quizá sea un dormitorio;… Cúbreme, por si acaso.

Salió de los matorrales, inclinado, y se desplazó rápidamente hacia la casita. Llegó junto a la ventana, y, cautelosamente, se asomó. Enseguida vio a la bella morena, sentada en un sillón, casi de frente a la ventana. Sobre sus rodillas tenía el maletín, abierto. Con la mano izquierda sostenía un espejito, y con la derecha utilizaba un cepillo que se pasaba cuidadosamente por el cabello, que relucía como si en cada uno hubiese miles de diminutas estrellas. Durante unos segundos, Glensson permaneció como petrificado, impresionadísimo por la belleza de la muchacha mexicana.

No había nadie más.

Glensson regresó a toda prisa hacia donde le esperaba Cellini, y, al introducirse entre los matorrales, lo entrevió, manchado de luz lunar como en pequeñas salpicaduras de plata, sentado, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

—Está sola, pero me parece que espera a alguien, así que no tendremos tiempo de gozar con ella, porque…

Jay Glensson ya no supo nada más. No se dio cuenta de nada. Es decir, de muy poca cosa… Sólo notó algo que rodeaba su cuello, llegando por detrás. Simultáneamente, la palma de una mano se posaba bajo su barbilla, y unos dedos de acero se cerraban sobre ésta, como un garfio que la atrajo hacia su hombro derecho… El crujido de su cuello, de sus vértebras, sonó dentro de la cabeza de Glensson como un manojo de cañitas al ser tronchadas, y cayó fulminantemente muerto delante de Cellini, que no reaccionó en absoluto, a pesar de que tenía los ojos abiertos.

El hombre que había roto el cuello de Glensson, como si fuese una simple caña, salió entre los matorrales, y se quedó en el centro del camino, inmóvil. A los pocos segundos, procedentes de la carretera, llegaron dos hombres, a pie, y se detuvieron delante del silencioso personaje, cuyo rostro de aguda barbilla y grandes manos destacaban como manchas de bronce a la luz de la luna.

—¿La ha seguido alguien más? —preguntó el gigante, en inglés.

—No, señor… Sólo ellos. Eran Glensson y Cellini, dos de los acompañantes habituales de Hunter. Dos asesinos peligrosos, señor.

El gigante encogió los hombros.

—Luego se los llevan y los tiran por ahí, como al otro. Llévense también el coche, naturalmente.

—Sí, señor… Sí.

A una seña del gigante, ambos se dirigieron hacia la casita, en pos de él. Llegaron al porche y el gigante abrió, con su propia llave. Empujó la puerta y dijo:

—Soy yo.

Se dirigieron al saloncito donde Margarita Cienfuegos continuaba cepillándose el cabello. Sonrió, lo dejó todo a un lado, y acudió al encuentro del gigante, es decir, del hombre alto y de anchos hombros que aquella tarde había estado en la piscina del hotel El Cóndor… Sólo que ahora no llevaba ni lentes ni barba. Margarita le rodeó el cuello con sus brazos, y lo besó en la boca.

—¿Estás bien? —susurró luego.

—Sí. Eran unos desdichados… Atiende a tus amigos de la «Sección Pax».

Señaló hacia los dos hombres, que permanecían en el umbral del saloncito, impresionados. Y no sabían quién les impresionaba más: si aquel hombre hosco, de músculos de acero, o la encantadora Margarita Cienfuegos que, ciertamente, para ellos tenía otro nombre mucho más sencillo, imposible de olvidar…

—¿Qué hacen ahí parados? —les sonrió ella—. Pasen y siéntense. ¿Quieren beber algo? Creo que tenemos un estupendo *whisky*. ¿No es así, mi amor?

Simón I y Simón II miraron al hombre que ellos conocían con el nombre de Ángel Tomás; nombre a todas luces tan falso como el de Margarita Cienfuegos. Ángel Tomás asintió, y señaló hacia el mueble donde estaban las bebidas. Margarita lo besó de nuevo, y luego regresó a ocupar el sillón, mientras Ángel Tomás ocupaba otro. Simón I llegó al mueble, y sacó una botella de *whisky* y algunos vasos, mirando, interrogante, a Margarita, que movió negativamente la cabeza. Luego, Simón I miró a Ángel Tomás.

—En resumen: carne de horca.

—Sin duda alguna.

—¿Cuál es la distancia exacta entre Ciudad Córdoba y este lugar

de la costa donde tienen las armas?

—Treinta y cuatro kilómetros y medio hasta el centro de Ciudad Córdoba.

—Eso quiere decir que podemos estar en contacto utilizando solamente nuestras radios de bolsillo.

—De sobra, sí.

Margarita miró a Ángel Tomás, alzando los papeles:

—¿Los has visto? —ofreció.

—Sólo dime cuál es el lugar. Será suficiente —replicó él.

—Bahía Caliente —Margarita devolvió los papeles a Simón I, dentro del sobre—. De acuerdo, Sólo tienen que esperar mi llamada y las últimas instrucciones… ¿Qué hace nuestra amada CIA, mientras tanto?

Fue Simón II quien contestó, sonriendo:

—Pues la CIA, evidentemente, está aceptando que, por el momento, seamos nosotros, los de la «Sección Pax», que usted dirige, quienes nos encarguemos del asunto. Pero si fallamos, intervendrán con todos los efectivos que están preparados.

—Es decir, que sería la CIA la que daría el golpe de estado, en lugar de darlo Miguel Barrios y sus mercenarios.

—Así es, Baby.

Margarita Cienfuegos sonrió un tanto fríamente.

—Bueno… Eso quiere decir que nosotros no podemos fallar, ¿verdad, Simón?

—No fallaremos —aseguró Simón II.

—Entonces, sólo tienen que esperar que el señor, Tomás y yo terminemos nuestra parte.

Simón asintió, mirando de reojo a Ángel Tomás.

—Él es Número Uno, claro —susurró.

Ángel Tomás pareció no haber oído nada. Margarita se limitó a sonreír amablemente. Simón I y II cambiaron una mirada, terminaron sus *whiskys*, y se dirigieron hacia la puerta.

—Nos llevaremos esa carroña de ahí fuera —dijo el primero.

Segundos después se oía el batir de la puerta de la casa. Tres minutos más tarde, amortiguado, llegaba hasta el saloncito el zumbido del motor del coche de Cellini y Glensson. Luego, el silencio. Silencio absoluto. Margarita se puso en pie, se colocó delante de Ángel Tomás, y tendió la mano. Ángel Tomás miró la

mano, asintió, y de un bolsillo del pantalón sacó un sobre de color marrón, bastante abultado, que puso, en la mano de Margarita. El sobre estaba lleno de fotografías cuadradas, en colores, que, Margarita fue examinando, sonriente. Las metió de nuevo en el sobre, y lo devolvió a Ángel Tomás.

—Deberías ser fotógrafo —sonrió de nuevo—: son magníficas. ¿Vamos a dormir?

Ángel Tomás permaneció inmóvil. Margarita dio media vuelta, y abandonó el saloncito. Un par de minutos más tarde, Ángel fue a la cocina, y del frigorífico sacó una botella de champaña y dos copas enfriadas.

—Santo cielo —exclamó—. ¿Incluso pensaste en que no me faltase champaña, mi amor?

—No es «Perignon» —dijo él.

—Tremendo fallo —rió Brigitte Montfort.

—Hablando de fallos —Angelo Tomasini, Número Uno, comenzó a descorchar la botella de champaña— te recuerdo tu promesa: si hay el más pequeño fallo en nuestras previsiones, sólo la sospecha de que algo no va a salir exactamente como lo hemos planeado, te esfumarás… ¿Recuerdas esta promesa?

—Claro que sí, mi amor.

—Bien —Ángel Tomás escanció champaña en dos copas, se sentó en el borde de la cama, y tendió una a Brigitte—. Sólo se trata de que, además de recordarla, la cumplas:

—No deberías preocuparte tanto —musitó ella—. En realidad, quien está corriendo el mayor riesgo eres tú.

Hoy, por ejemplo, has matado a tres hombres para protegerme, y yo no he hecho nada por ti…

—No digas tonterías. Mi parte es muy simple: sólo tengo que ir eliminando desdichados, y llamarte por teléfono diciendo que soy Ross Hunter… Cosas así.

—¡Desdichados! —protestó ella—. ¡Todos eran asesinos profesionales, mi amor!

—Simples desdichados, para mí. En cambio, tú estás jugando con fuego, te estás arriesgando a que alguno de tus personajes no reaccione como una marioneta, se ponga nervioso y te descargue encima todo un cargador.

—Quizá tengas razón. Pero eso lo estoy haciendo por Córdoba y

sus gentes humildes, al mismo tiempo que beneficio a Estados Unidos. Si todo nos sale bien, habremos evitado una horrible matanza, y pondremos a Córdoba en órbita hacia la prosperidad… Pero por ti no estoy haciendo nada, mi amor. ¿Qué podría hacer por ti?

Número Uno retiró, la copa de los finos deditos de Baby, y la dejó, con la suya, sobre la mesita de noche. Luego se tendió junto a ella, hundiendo su rostro entre los senos de Brigitte, Que estaban suavemente tibios, tersos y turgentes como siempre, finos como la más fina seda del mundo, llenos de belleza y vida…

Capítulo IV

Tadeo Padilla, presidente de Córdoba, tenía su domicilio privado en una hermosa villa situada en la Avenida de la Liberación, en la pequeña zona residencial situada al norte de Ciudad Córdoba, cerca de la playa, en la cual tenía una zona privada, vigilada por componentes de la Guardia Militar.

En la parte que daba a la Avenida de la Liberación había unas altas verjas de hierro forjado, y, naturalmente, también delante de éstas la Guardia Militar velaba por la seguridad del hombre que regía los destinos de Córdoba. Había dos soldados en el exterior, en la avenida, y dos más, así como un suboficial, en la parte de dentro, entre las verjas y los amplios jardines a cuyo fondo se veía la blanca mansión de persianas azules, entre los árboles.

Aquella soleada mañana, justo cuando Tadeo Padilla salía de la piscina, y se ponía el albornoz, el capitán Nájera, oficial jefe del turno de guardia de aquel día, apareció junto a la piscina, y, desde cierta respetuosa distancia, se quedó mirando, en posición de firmes, a su presidente. Éste alzó las cejas, un poco sorprendido. Luego, reparó en el papel doblado que Nájera tenía en una mano.

—¿Ocurre algo, capitán?

Nájera se acercó presurosamente, y saludó con muy marcial energía, con la mano derecha. Acto seguido, la izquierda se adelantó, tendiendo el papel.

—Señor presidente, hay una mujer en la entrada, que solicita ser recibida con toda urgencia. Como es natural, le he dicho que era imposible, pero ella me ha entregado este papel para usted.

Padilla volvió a alzar las cejas, tomó el papel, y leyó lo que había escrito:

«Debe recibirme ahora, señor presidente. Por favor».

Tadeo Padilla estaba estupefacto ante aquella desfachatez. ¿Quién era G. CH.? ¿Cómo se atrevía una simple mujer a visitarlo en sus horas privadas, a aquella temprana hora del día, y a pedir que la recibiese «ahora»?

—¿No ha dicho qué desea?

—No, señor presidente. Pero su insistencia es tal, y parece tan nerviosa y preocupada, que he creído que cuando menos debía traer la nota, señor.

—¿Cómo es esa mujer?

—Extranjera, señor presidente. Alta, rubia, de ojos verdes, elegante… Es muy, muy, muy hermosa, señor, si me permite decirlo. Y joven por supuesto.

Padilla volvió a leer la breve nota. ¿Extranjera, joven y hermosa…? No tenía ni la menor idea de quién podía ser, desde luego. Pero aquella noche, Tadeo Padilla iba a dar en su residencia, precisamente allí, la gran fiesta del inicio de la campaña presidencial para ser reelegido, a la cual había invitado a muchos representantes de gobiernos extranjeros, algunos de los cuales podían ejercer determinadas presiones en ciertos sectores de Córdoba, que le proporcionaría no pocos votos. Y nunca sobran votos. Aquella mujer podía ser la esposa de cualquier diplomático extranjero, o, en fin, alguien que podía proporcionarle algunas ventajas…

—Acompañe aquí a esa mujer, capitán.

—Sí, señor presidente.

El capitán Nájera se retiró a toda prisa hacia las verjas de la entrada principal. Regresó cuatro minutos más tarde, acompañando a una mujer que hizo alzar vivamente la cabeza a Tadeo Padilla, que estaba sentado junto a la piscina, pensativo. Al ver a la mujer llamada G. CH se puso en pie instintivamente, y se quedó mirándola con fijeza. Era tal como la había descrito, en pocas palabras, el capitán Nájera, sólo que éste no había puesto el suficiente énfasis en aclarar lo muy, muy hermosa que era. Era tan, tan hermosa, que el presidente de Córdoba se quedó sin habla, casi sin respiración.

—Lo siento —dijo ella, por todo saludo, al detenerse ante él—, pero era necesario esto.

Padilla miró el maletín rojo que la rubia portaba en su bella mano izquierda; rojo, sí, con florecillas azules estampadas…

Curioso maletín…, que podía contener cualquier cosa. Pero una mirada a Nájera le hizo comprender que el maletín había sido revisado tan cuidadosamente como la propietaria, y que no debía temer nada.

—Estoy tan sorprendido, que no sé qué decir —musitó, por fin, Tadeo Padilla—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—¿En…? Oh, sí, bueno —sonrió ella—. Gloria Chamorro, señor presidente. Sería magnífico que pudiese concederme una entrevista privada.

Tadeo Padilla parpadeó. Acto seguido, hizo una seña a Nájera, que saludó, dio media vuelta, y se alejó. El presidente de Córdoba señaló una de las blancas sillas de la piscina, y Gloria Chamorro se sentó, haciéndolo él acto seguido.

—¿Chamorro? —Parecía perplejo Padilla—. En la opinión del capitán Nájera, usted es extranjera. Y lo parece. Parece norteamericana, o inglesa, o alemana…

—O rusa —rió ella—. Pero soy mexicana, señor presidente.

—Sorprendente. Bueno, señorita Chamorro, estoy muy desconcertado, y no voy a negarle que siento una gran curiosidad. Por otra parte, mi tiempo es muy limitado.

—Oh, lo sé muy bien, señor presidente. En realidad, sólo le molestaré unos minutos. Comprendo perfectamente la gran excepción que ha hecho conmigo, recibirme aquí a estas horas, y se lo agradezco de todo corazón.

—No hay de qué… Bien, usted dirá.

—Precisamente porque sé que su tiempo es muy valioso, no he querido hacérselo perder en una audiencia oficial; estoy convencida de que en la Casa Presidencial tiene cosas más importantes que atenderme a mí, con mi absurda petición.

—¿Qué absurda petición?

—Tengo la pretensión de comenzar a trabajar pronto como corresponsal del diario La Nación, de su país, en Ciudad México, y, básicamente, ése es el motivo de mi estancia en Córdoba. Pero, una vez aquí, y en vista del inicio de la campaña electoral para la presidencia, me ha parecido oportuno escribir algo sobre usted, para enviarlo a mi periódico de Ciudad México. Sólo que, una vez repasado lo escrito, me ha parecido que quizá he sido demasiado atrevida, y he pensado que usted podría darme su opinión.

Mientras hablaba, Gloria Chamorro había abierto su maletín, del cual sacó una carpeta roja de plástico, dentro de la cual se veían unos cuantos folios mecanografiados. Tendió la carpeta a Tadeo Padilla, que estaba atónito. Tomó la carpeta con gesto maquinal y, finalmente, pudo mascullar:

—¿Ha venido usted aquí esta mañana para pedirme su opinión sobre un reportaje que se refiere a mí, señorita Chamorro?

—Me pareció justo.

El presidente de Córdoba no podía creer lo que oía. ¿Desfachatez? ¡Mucho más que eso! Aquella mujer tenía la cara más dura del mundo. O esto, o bien era una estúpida inconsciente, que se permitía molestar a un presidente para que le repasase un simple reportaje. ¡Y decía que le parecía «lo justo»!

—Naturalmente, usted está hablando en serio, señorita.

—¡Por supuesto que sí, señor presidente!

De muy buena gana, dejándose llevar por sus impulsos, Tadeo Padilla habría tirado la carpeta roja de plástico a la cara de la bella rubia, y habría ordenado que la echasen de allí a puntapiés. Pero un político es siempre un político; la diplomacia siempre gana. Así que, conteniendo su ira, Tadeo Padilla abrió calmosamente la carpeta roja, sacó los folios mecanografiados, y simuló que se dedicaba a leer, rápidamente, pero con gran atención. Pasó el primer folio, el segundo, y cuando estaba a mitad del tercero, miró con sonrisa almibarada a Gloria Chamorro.

—Magnífico —dijo, comenzando a guardar todos los folios—. No necesito leer más para comprender que usted ha hecho un trabajo muy interesante, señorita Chamorro. La felicito.

—¿De verdad? —Abrió ella mucho los ojos—. ¿Le parece a usted bien, señor presidente?

—Me parece magnífico, ya se lo he dicho. Espero —volvió a sonreír— que al final oriente el reportaje de modo que pueda ganarme las simpatías de determinado sector mexicano, usted comprende…

—Oh, sí, lo haré… ¡Es usted tan amable! ¡Ya lo creo que lo haré! La verdad, cuando venía hacia aquí, temía que no sería recibida, pero… Bueno, no puedo creerlo. ¿De verdad le ha gustado?

—Mucho —Padilla sentía dolor en las comisuras de la boca, de tanto sonreír sin ganas—. Mucho, sinceramente. Y ahora, si me

permite, tengo muchos otros asuntos importantes que atender esta mañana.

—Oh… ¡Oh, Dios mío, claro que sí!

Padilla inició el gesto de devolver la carpeta roja de plástico a Gloria Chamorro, pero, rápidamente, la bella rubia mexicana puso la palma de su mano derecha sobre la carpeta, bajándola hasta que quedó sobre la mesa, y luego, mientras giraba un poco el cuerpo hacia la derecha, atrajo la carpeta hacia sí, sin despegarla de la mesa, la metió dentro del maletín con hábil gesto, sin levantarla, y cerró éste. Entonces se puso en pie. Tadeo Padilla la imitó.

—Ha sido usted muy considerado conmigo, señor presidente.

—Para mí ha sido un placer conocerla, señorita Chamorro. El capitán Nájera la acompañará.

—Sí… Sí, sí, claro… Adiós… Adiós, señor presidente, adiós.

Gloria Chamorro dio media vuelta, quedando de espaldas al presidente de Córdoba. Y unos treinta metros más allá, el capitán Nájera, que hasta entonces había estado viendo de espaldas a la muchacha, se dio cuenta de su gesto tenso, preocupado… Desvió un instante la mirada hacia Padilla, que le hizo una seña y se fue rápidamente hacia la casa. Cuando volvió a mirar a la rubia, ésta estaba tres o cuatro metros más cerca… Y cuando estuvo ya muy próxima a él, Nájera pensó que algo ocurría, pues la joven rubia se mordía los labios, y, evidentemente, estaba muy preocupada. Mucho, muchísimo.

Cuando la rubia se alejaba de la villa, el suboficial de la guardia del día, Barrero, se acercó a su superior, sonriendo con cierta ironía.

—De modo que el señor presidente la ha recibido… ¿Qué quería de él?

—Ni idea —movió la cabeza Nájera—. Pero yo diría que algo los ha dejado muy preocupados…

* * *

Hacia las cinco de la tarde, Miguel Barrios entró en el bar llamado Oyarzu. Un tanto indeciso, se dirigió hacia la barra, pero, apenas había dado tres pasos cuando vio, sentada a una mesita del fondo, a la hermosa mujer de negros cabellos que hacía señas con el brazo en alto. Puesto que quien le había citado allí era una mujer, Miguel

Barrios no vaciló. Se dirigió directamente hacia ella, sorteando otras mesitas…, en una de las cuales, un sujeto de anchos hombros, abundante cabellera gris que parecía una escoba vieja puesta al revés, y espesas cejas, bebía en solitario, con una tenacidad sombría.

Miguel Barrios se detuvo delante de la mesita ocupada por la morena. ¡Qué cabellos tan negros y brillantes, qué hermosa era…! Ella no le dio tiempo a decir nada.

—Siéntese, señor Barrios.

Éste obedeció maquinalmente, sin poder apartar la mirada del bellísimo rostro, de los grandes ojos negrísimos. La pregunta era tonta, pero la hizo:

—¿Es usted quien me ha llamado por teléfono?

—Desde luego —asintió ella, mirando hacia la puerta—. ¿Ha venido solo?

—Sí Bueno, con mi chófer, que me espera afuera, en el coche…

—¿No le ha seguido nadie?

—¿Seguirme? No… Bueno, supongo que no…

Ella le tendió la mano, y Barrios la aceptó, siempre con gestos maquinales, desconcertado.

—Me llamo Gloria Chamorro, señor Barrios. Ya sé que usted no me conoce, pero —Gloria retenía la mano de Barrios, y la acarició, sorprendiendo no poco a éste— muy pronto me conocerá bien, y se alegrará de ello.

—Espero que sí —parpadeó Barrios.

—¿Su chófer es de confianza?

—Naturalmente. Oiga, ¿qué…?

—Tranquilícese. Pero, de todos modos, será mejor que nos marchemos de aquí. Quiero estar segura de que no le han seguido a usted, señor Barrios.

—Espere un momento… Usted me llamó antes, me dijo que tenía que hablarme de algo importantísimo, relacionado con Ross Hunter, y que viniese aquí…, pero sin decirle nada a Hunter. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Le ha dicho algo a Ross Hunter?

—Claro que no. Y es porque algo me huele mal… Quiero saber quién es usted, qué significa esto, qué quiere…

—Señor Barrios, le diré lo que vamos a hacer ahora: usted saldrá

de aquí, subirá a su coche, y esperará a que yo salga. Tengo mi coche cerca de aquí, y enseguida pasaré junto al de usted. Todo lo que tiene que hacer es decirle a su chófer que me siga. Una vez en la Autopista Solar, ordene a su chófer que conduzca a la máxima velocidad. Yo iré detrás, asegurándome de que nadie les sigue a ustedes. Si así es, les haré una señal con las luces. Entonces, deben reducir la velocidad para permitir que yo les adelante. Abandonaremos la autopista por la salida dos, y, en todo momento, todo lo que tendrá que hacer, a partir de entonces, su chófer, será seguirme. ¿De acuerdo? ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido, pero no sé si estoy de acuerdo. ¿Por qué debo hacer lo que usted desea?

—Veamos —el gesto de Gloria Chamorro se endureció—. Usted se dispone a dar un golpe de estado dentro de muy pocos días. A tal fin, contrató a Ross Hunter, Karl Piowitz y Noburu Ono, como jefes de un grupo bien organizado de mercenarios, que dirigirán los Hombres que usted va a proporcionarle: mil doscientos hombres bien armados, que están esperando el momento decisivo en Bahía Caliente. ¿Me he explicado bien? ¡Y no me conteste con ninguna tontería, por favor!

Miguel Barrios se pasó la lengua por los labios. Estaba pálido, demudado.

—Sí… Se ha explicado bien.

—Pues a ver si también es capaz de entender esto: ¿qué le parecería que Ross Hunter y los suyos se hubiesen puesto en contacto con Tadeo Padilla, y que éste hubiese aceptado cierto trato, a cambio de más dinero del que usted piensa pagar a esos mercenarios?

—No… —jadeó Barrios—. ¡No es cierto!

Gloria Chamorro pareció divertida. Perversamente divertida.

—Es usted un cretino —sonrió—. Pero supongo que eso es cuenta suya. Adiós, señor Barrios.

—Espere, podemos…

—No podemos hacer más que una cosa: la que yo he dicho. O eso, o la entrevista ha terminado. Decida en un minuto. Y no insista, porque aquí no quiero decirle nada más.

Miguel Barrios se pasó una mano por la frente, que notó fría, perlada de finas gotitas de sudor. Luego volvió a pasarse la lengua

por los labios… De pronto, asintió con la cabeza, se puso en pie, y se dirigió hacia la salida del bar. Gloria Chamorro esperó medio minuto. Luego dejó un billete sobre la mesita, se puso en pie y se dirigió también hacia la salida, pasando junto al sombrío bebedor de anchos hombros y espesas cejas, que la miró con expresión turbia. Gloria Chamorro giró la cabeza de modo que sólo el sujeto podía ver su rostro, y entonces frunció la boquita, enviándole un beso con graciosísimo mohín.

Salió a la calle, fue adonde había dejado el coche, y se metió dentro. En el asiento contiguo al del conductor, estaba el maletín rojo con florecíllas azules. Lo abrió y sacó un fino jersey de hilo, de restallante color rojo; se quitó rápidamente la blusita blanca que llevaba y se puso el jersey.

Luego partió.

Capítulo V

Los dos coches se detuvieron, uno tras otro, a un lado de la carretera flanqueada por altísimos árboles. Todo había ido bien, excepto que, para salir de la ciudad, Gloria Chamorro se había perdido, tardando luego más de cinco minutos en encontrar la salida norte, por la Autopista Solar. Pero luego todo había ido bien, nadie les había seguido…

Ella fue la primera en salir del coche y retrocedió, llegando junto al de Miguel Barrios cuando éste se apeaba. Gloria Chamorro llevaba ahora un maletín rojo con florecillas azules, y Barrios reparó en esto, pero, al parecer, no reparó en que, durante el corto tiempo que habían estado separados, ella se había cambiado la blusa blanca por el jersey rojo, ceñido, en el que destacaban los firmes senos erguidos, turgentes, de formas magníficas.

Gloria señaló hacia la derecha de la carretera.

—Venga, señor. Barrios. Su chófer que se quede aquí, vigilando los dos coches. Y si ve acercarse a alguien sospechoso, que toque el claxon dos veces, y luego una sola vez.

—¿Adónde vamos?

—Al interior de este precioso bosque, a charlar en paz, lejos de cualquier mirada y de cualquier micrófono, por ejemplo. ¿Qué le pasa? ¿Teme algo de mí? Si quisiera matarlo, podría haberlo hecho con toda comodidad, sin que usted hubiese llegado siquiera a verme.

Barrios tuvo que admitir la lógica de aquello. Se inclinó a darle instrucciones a su chófer, y luego se fue en pos de Gloria, que caminaba ya hacia el interior del bosque de altísimos árboles… El sol de la tarde se filtraba entre las copas, como rayos dorados, cegadores. El silencio era absoluto.

En pocos minutos llegaron a un pequeño claro donde el sol caía de lleno, como si fuese la luz de un gran foco.

—Ahí estaremos bien —señaló Gloria—: me encanta el sol.

Se sentó sobre la hierba. Miguel Barrios también se sentó, y se quedó mirándola. Ella abrió el maletín, y sacó una carpeta roja de plástico, que le tendió.

—Aquí dentro tiene escrita mi oferta —Gloria atrajo la carpeta, de pronto, cuando Barrios se disponía a cogerla, pero acabó por entregársela—. Tiene que estudiarla bien, señor Barrios… Mire, será mejor que se lo diga de palabra, y así ahorraremos tiempo. Deme eso.

Miguel Barrios, desconcertado, devolvió la roja carpeta a Gloria, que la abrió, sacó unos folios, y miró al desconcertado personaje.

—¿O prefiere leerlos usted?

—Supongo… —Barrios se aclaró la voz—. Supongo que no pierdo nada escuchándola antes a usted.

—Como quiera —ella volvió a guardar los folios en la carpeta, y ésta en el maletín; luego alzó la mirada, entornando los párpados, hacia el sol—. ¡Ufff…! Se nota calor aquí, ¿verdad?

—Un poco —admitió Barrios—. Mire, señorita Chamorro… ¿Qué hace usted?

—Pues me pongo fresca, simplemente —ella le miró con aquella expresión divertida en sus ojos, tras quitarse el jersey—. No me diga que eso le molesta, señor Barrios.

—No, pero…

—Vamos, no sea infantil. Me gusta el sol, pero no con la ropa encima, reteniendo el calor pegajoso, sino con el cuerpo al aire libre… ¿No ha tomado nunca el sol estando desnudo, señor Barrios?

—No.

—Pues éste sería un buen momento para empezar —rió ella.

Se quitó rápidamente toda la ropa. Miguel Barrios, tenso, estuvo unos segundos contemplando aquel bellísimo cuerpo desnudo… Era tan hermoso que al verlo se había quedado sin aliento. Cuando volvió a mirar los ojos de Gloria Chamorro, había en éstos chispitas de regocijo.

—¿Le gusto un poco, señor Barrios?

—Mucho —susurró éste—. Pero no es momento de…

—¿Por qué no? En realidad, mi propia persona puede formar parte del trato. Digamos que puede ser un… argumento más para que usted acepte mi oferta total. Vamos, no sea tímido: puede usted

tocarme, si lo desea.

Barrios adelantó una mano hacia los erguidos senos que relucían al sol formando parte de éste, pero la retiró vivamente.

—Hablemos —dijo con voz ronca—. Luego, ya veremos.

Gloria Chamorro frunció el ceño.

—¿Sabe, señor Barrios? No estoy acostumbrada a que un hombre me rechace, ni siquiera por unos minutos. No sé qué debo pensar de usted, la verdad. ¿Es un marica, un impotente, o en verdad un cretino?

—No soy nada de eso —masculló Barrios.

—Magnífico —rió ella.

Se desplazó hasta él, le pasó los brazos por el cuello, y se tendió de espaldas, arrastrándolo consigo, obligándole a quedar tendido sobre sus senos, que apenas cedieron, elásticos, turgentes, firmes como caucho…

—Así está mejor —susurró Gloria—. Debo utilizar todos mis encantos para convencerte de que rechaces los servicios de Ross Hunter y aceptes los míos. Pero no pienses mal del pobre Ross: es un mercenario muy serio.

—¿Qué… qué quiere decir? —jadeó Barrios.

—Pues querido, quiero decir exactamente que lo que te conté antes es mentira. Ross Hunter no ha pensado traicionarte en ningún momento, pero algo tenía que decir para traerte aquí… y ofrecerte mucho más de lo que puede ofrecerte él.

—¿Más?

—Estuve a ver a Hunter y le propuse una alianza entre su personal y el mío, pero lo rechazó. Por eso pensé que sería mejor hacerte la oferta a ti directamente: tengo hombres armados que pueden hacer el trabajo tan bien como Hunter…, y además, me tendrás a mí.

—Entonces…, ¿se trata de eso? ¿Todo este tinglado ha sido para quitarle un trabajo a Ross Hunter y hacerlo tú?

—Claro, querido.

—¡Maldita seas! —jadeó—. ¡Te voy a…!

El brazo derecho de Gloria Chamorro pasó entre los brazos de Barrios, por abajo, y la palma de la mano golpeó en su barbilla. Un golpecito seco, insignificante…, pero Miguel Barrios salió despedido hacia atrás, mientras sus ojos se llenaban de lucecitas de todos los

colores.

De pronto, se encontró sentado en la hierba, sacudiendo la cabeza. La visión se aclaró en seguida, y vio ante él a la muchacha, comenzando a ponerse en pie… No, no se ponía en pie: gateaba hacia su abierto maletín. Barrios comprendió el peligro, y se lanzó contra ella, lanzando un gruñido. Los cuerpos chocaron, rodaron por el suelo… Barrios se colocó a horcajadas sobre el desnudo vientre de Gloria, y sus manos insistieron en atenazar la garganta de ella. Pero aquel vientre de seda se alzó bruscamente, con fuerza, en un prodigioso arco, y Miguel Barrios salió despedido por encima de la cabeza de ella, que gritaba, al parecer histérica:

—¡Te mataré! ¡Te voy a matar, cerdo…!

Barrios, se puso en pie, y la vio inclinada sobre el maletín. Más que verla, presintió el arma. Y en efecto, ella la asió, una pequeña pistolita, con dedos crispados. Cuando se volvió hacia él, apuntándole. Barrios retrocedía ya rápidamente, interviniendo las manos entre su cuerpo y la pistola.

—No, no… —gritó—. ¡No, espera!

Plof.

La bala pasó, con seco chasquido, por encima de la cabeza de Miguel Barrios, que comprendió que ya nada podría detener a la enfurecida hembra. Dio media vuelta, y echó a correr, en dirección a la carretera, pálido como un muerto, temiendo notar, de un momento a otro, el impacto de una bala en la espalda.

Pero la siguiente bala tampoco le acertó: crujió de nuevo sobre su cabeza, con seco crac, como una rama seca al romperse. En su veloz carrera, Miguel Barrios todavía pudo ver cómo otra bala se hundía en el suelo, a la derecha y por delante de él, alzando un puñado de hierba y hojas secas. La cuarta bala volvió a pasar por encima de su cabeza, pero más alta y desviada que las anteriores…

Sin dejar de correr, Barrios volvió la cabeza, y vio a Gloria comenzar a correr torpemente tras él. Tan torpemente que no pudo sostenerse sobre los zapatos de alto tacón, única indumentaria que no se había quitado, y caer de bruces al suelo, perdiendo la pistolita, que fue a caer varios metros delante… Miguel Barrios ya no se preocupó más por aquella peligrosa mujer. Siguió corriendo hasta llegar a la carretera, llegó junto a su coche, y se metió dentro, jadeando fuertemente. Sentado ante el volante, su chófer le miraba

con expresión sobresaltada.

—¡Vámonos! —chilló Barrios—. ¡Sal de aquí ahora mismo!

El motor del coche rugió. El chófer maniobró rápidamente, dio la vuelta y se lanzó de regreso a Ciudad Córdoba… Barrios iba lanzando horrendas maldiciones. ¡Si hubiera llevado un arma…! Pero no la llevaba, y quedarse allí era un suicidio estúpido.

Y mientras el coche de Miguel Barrios se alejaba de allí a toda velocidad, Gloria Chamorro, tras recoger la pistolita de cachas de madreperla, regresaba sonriendo a la mancha de sol sobre la hierba. Se sentó allí, recogió la carpeta roja, y la dejó sobre el maletín. Luego se quedó mirando al hombre que había salido de la espesura, y que caminaba hacia ella, impávido. Colgando del cuello llevaba una cámara fotográfica con teleobjetivo. Era el terco bebedor de espesas cejas grises, al que ella había enviado un besito en el bar Oyarzu.

Se sentó junto a ella, tomó sus ropas y se las dio.

—Vístete.

—¿Pudiste llegar tiempo, antes que nosotros, mientras yo me «perdía» por la ciudad? ¿Has tomado las fotografías?

—Sí.

—¿Lo he hecho bien? —sonrió Gloria.

—Tú todo lo haces bien.

—Oh, Dios mío —se echó a reír Brigitte Montfort, alias Margarita Cienfuegos, alias Gloria Chamorro—, ¡no me digas que estás celoso porque otro hombre me ha visto desnuda, y porque he permitido que su boca se apretase estúpidamente contra la mía!

—Me tiene sin cuidado.

Ella se abrazó a su cuello y lo besó en la boca.

No como a Miguel Barrios, ni muchísimo menos, sino de verdad, ofreciendo sus labios y su aliento… Y él tuvo que notarlo. Eso aparte de saber que jamás ningún hombre sería besado como, él, por Brigitte Montfort. Sus grandes manos bronceadas apretaron la tierna espalda de ella, y se deslizaron luego hacia las caderas, el vientre, los senos… Los senos de Brigitte parecieron vibrar, y su tierno gemido penetró en el cuerpo de Ángel Tomás, Angelo Tomasini, Número Uno.

¡Se estaba tan bien al sol…!

Veinte minutos más tarde, Ángel Tomás acarició la cabeza de

Margarita, que descansaba sobre su hombro derecho.

—Ya no podemos entretenernos más —musitó.

—Seguramente, Barrios ha llegado ya al hotel El Cóndor —dijo.

* * *

Reunidos en la habitación de Ross Hunter, éste, Noburu Ono y Karl Piowitz habían escuchado, pálidos, la excitada explicación de Miguel Barrios, cuya frente estaba húmeda de sudor. Cuando terminó de hablar, se hizo el silencio en el grupo. Por fin, el propio Barrios exclamó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Deberíamos haberla matado nosotros mismos —dijo el polaco.

—No seas estúpido —rechazó Hunter—. ¿Cómo íbamos a matarla en la terraza del hotel? Ella sabía que allí no podríamos atacarla, y por eso vino a vernos aquí, en lugar de citarnos en un, sitio apartado, como hizo con el señor Barrios. A él podía controlarlo, pero sabía que con nosotros no lo conseguiría. Por eso vino al hotel. Es lista… ¡Es muy lista!

—¿Qué crees que hará ella ahora? —Se inquietó Ono.

—Y la muy puerca debió matar a Glensson y Cellini, claro —continuó mascullando Piowitz—. ¡Pero no pudo hacerlo sola!

—Esa es la cuestión —asintió Hunter—. Lógicamente, tiene alguien que la está ayudando. Sus hombres, claro está… ¿Qué va a hacer ella ahora? No lo sé. Desde luego, no volverá al hotel La Sal, eso es seguro, así que no sabemos cómo localizarla. Por su parte, ella tiene que saber que el señor Barrios ha venido a explicarnos lo sucedido…

—¡Maldita sea su estampa! —explotó Piowitz—. ¿Por qué demonios ha tenido que meterse en esto?

—Por dinero, naturalmente —dijo Ono—. Por lo mismo que nosotros.

—Eso ya no importa —movió una mano Hunter—. Lo que importa es encontrar una respuesta a tu pregunta, Noburu: ¿qué va a hacer ella ahora? Dudo mucho que, después de todo esto, y sabiendo que hemos querido matarla, y que el señor Barrios no ha aceptado su oferta, se limite a marcharse de Córdoba. Puede hacer varias cosas: avisar a Tadeo Padilla, por ejemplo. También, quizá, si

pudiese, atacaría a nuestros hombres, para inmovilizarlos y volver a hacer la oferta al señor Barrios… Pero eso no puede hacerlo, porque dudo mucho que disponga de más de mil doscientos hombres. No, no hará eso. Pero una mujer así, que ha demostrado lo rencorosa que es, al eliminar antes que nada a Luciano Martos, tiene que hacer algo… Y sabe que los hombres y el material están escondidos en Bahía Caliente…

—Si avisa a Tadeo Padilla, éste enviará allá a los soldados y despedazarán a nuestros hombres —dijo Barrios.

—Sí… Creo que ésa es la cuestión. Usted, señor Barrios, vuelva a su casa, haga vida normal. Nosotros nos ocuparemos de lo demás.

—¡Vida normal…! —aulló Barrios—. ¿Cómo voy a volver a mi casa y hacer vida normal? ¡Si ella me denuncia a Padilla, seré detenido inmediatamente! ¡Creo que lo mejor sería dejarlo todo y huir!

Ross Hunter movió negativamente la cabeza.

—Si ella está dispuesta a denunciarle a usted y a nosotros, ya debe haber llamado por teléfono a la Casa Presidencial, así que nuestra huida del país es imposible. Por lo tanto, nada de complicarnos más la vida y exponernos a que nos maten por intentar escapar. No, nada de eso… Usted está invitado esta noche a la fiesta de Tadeo Padilla, ¿no es así? Pues vaya allá. Haga exactamente lo que habría hecho si esa mujer no hubiese intervenido. Si lo detienen, mala suerte. Mientras tanto, nosotros iremos a Bahía Caliente, y si todo está bien todavía por allí, cambiaremos de lugar el campamento, aprovechando la noche.

—¡Pero ella tiene que hacer algo…!

—Por favor, tranquilícese —refunfuñó Hunter—. No podemos luchar contra la corriente, señor Barrios. O hacemos lo que le he dicho, o todo puede terminar muy mal.

—¿Le parece poco mal que vayan a detenerme y que me encarcelen? —exclamó Barrios.

—Peor sería que, por querer huir, le matasen, ¿no?

Barrios se pasó las manos por la húmeda cara, y se las secó en los pantalones.

—Sí… Sí, claro.

—Vamos a hacer una cosa. Si Margarita Cienfuegos, o Gloria Chamorro, como se llame, ha decidido denunciarnos, los soldados

ya deberían estar en el hotel y en casa de usted. Parece que no es así, de modo que vamos a ir todos hacia su casa. Le seguiremos en nuestro coche. Usted entra en su casa, y, si nada ocurre, si no hay allí soldados o el servicio secreto esperándole, es que los planes de esa mujer no son denunciarnos. Pueden ser peores, quizá, pero al menos sabremos que no debemos temer nada de las fuerzas regulares del país, y que nuestro choque sólo será con ella. Si no hay peligro en su casa, significará que ella tiene otros planes. Entonces, usted sale a una ventana y nos hace una seña. A partir de ese momento, tal como hemos hablado, siga haciendo su vida normal, como si Margarita Cienfuegos no existiese. ¿De acuerdo, señor Barrios?

—Supongo que no puedo hacer otra cosa.

—Me temo que no.

Veinticinco minutos más tarde, desde el coche, los tres mercenarios vieron aparecer a Miguel Barrios en una de las ventanas de su casa, y alzar un brazo. Desapareció en seguida.

Karl Piowitz puso el coche en marcha.

—No nos ha denunciado —susurró Ono—. ¡Y no sé si eso me gusta, Ross!

—Tampoco yo sé si eso me gusta —murmuró Hunter—, pero no podemos quedarnos parados, esperando a ver qué hace ella. Karl, vamos a Bahía Caliente.

Capítulo VI

Desde el promontorio rocoso, Margarita dejó de mirar con los prismáticos hacia Bahía Caliente, que se extendía a unos trescientos metros de su posición. Bahía Caliente era un arco de playa de unos quinientos metros de largo y ochenta de profundo, de gruesa arena blanquísima, que brillaba ahora con tono rojizo, debido al sol rojo que iba ya descendiendo hacia el mar. Seguramente, también allí se formaban pequeños charcos, que luego dejaban depósitos de sal. Más allá, el mar, azul intenso, se convertía en morado, y muy pronto, al llegar la noche, sería negro.

Margarita se volvió hacia Simón II, que estaba sentado junto a ella, sobre la roca.

—No se ve a nadie —dijo Margarita.

—Bueno —sonrió Simón—, tampoco se ven los hombres del comando de la CIA, que usted pidió, y ahí están, esperando instrucciones. Los hombres de Hunter y Barrios están ahí, en las grutas, donde tienen escondido el armamento. Pero, claro, no están los mil doscientos, sirio solamente los jefes de grupos, que son los mercenarios de Hunter, y unos cincuenta nativos, enviados por Barrios como avanzadilla y para vigilar las armas…

—Que están también en las grutas.

—¿Las armas? Desde luego.

—Bien. Entonces hay en esas grutas, pongamos… unos cien hombres, entre nativos y mercenarios de Hunter. Los demás; los otros mil cien, están esperando el momento de agruparse en Bahía Caliente, tomar las armas y dirigirse hacia Ciudad Córdoba.

—Esa es la situación —asintió Simón.

Ángel Tomás se quitó el cigarrillo de los labios, y advirtió:

—Esos mil cien hombres no pueden estar muy lejos de aquí. Quizá dispersos en pequeños grupos, pero no muy lejos de las armas. Saben que, en cualquier momento, pueden ser llamados para

agruparse.

—Él tiene razón —murmuró Margarita—. ¿Cuántos hombres nos ha enviado la Central, Simón?

—Veinte, exactamente. Pero, como ya le he dicho, todos ellos van provistos del armamento que usted exigió… Si es que a eso se le puede llamar armamento.

Baby sonrió, encantadora.

—Es armamento, Simón. Sólo hay que saber utilizarlo; le aseguro que a mí me ha dado resultado muchísimas veces. Ahora bien, hay que actuar rápidamente, en cuestión de segundos. De lo contrario…

—Bip… bip… bip… bip… —comenzó a oírse bajo la chaqueta de Simón II. Éste sacó la radio, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—¿Está ella contigo? —Se oyó la voz de Simón I.

—Claro.

—Dile que tenía razón: Hunter y los otros dos acaban de pasar por aquí, en coche, directos hacia Bahía Caliente. ¿Qué hago?

Baby se inclinó un poco hacia la radio.

—Reúnase con nosotros, Simón. Eso es todo.

—Voy para ahí.

Simón II cerró la radio y la guardó. Se quedó mirando a Baby, que sonreía secamente.

—Están desconcertados, y un poco asustados —dijo ella—. Relativamente tranquilos, porque han comprobado que no les he delatado a Tadeo Padilla, pero temen lo que pueda ocurrírseme ahora. Su idea es evacuar Bahía Caliente, y, si no vuelvo a intervenir, seguir adelante con sus planes, dar el golpe de estado.

—Con cientos de muertos, y miles de heridos —musitó Simón.

—En principio —puntualizó Baby—. Porque cuando una revolución empieza, nunca se sabe cómo va a terminar. Y como prueba ahí tenemos a Portugal. Bien, estábamos hablando de nuestro armamento, ¿no es así? Pues vamos a utilizarlo… Y pronto, antes de que Hunter llegue aquí y movilice a todo el personal: si salen de las grutas, todo se complicaría demasiado. Hay que pillarles dentro a todos… ¿O no están todos dentro de las grutas?

—Lo están. Sólo salen de noche, a estirar las piernas.

—De acuerdo. Acción, pues.

Simón II sacó otra radio de bolsillo, más pequeña que la utilizada antes, y alzó una diminuta antena.

—Comando en acción —dijo.

—Bien —replicó una voz—. Empezaremos en cinco segundos.

Simón quedó inmóvil, sin cerrar la radio. Margarita volvió la cabeza, para mirar a Ángel Tomás, que seguía fumando, con la placidez de quien se limita a gozar de la puesta del sol. Él también la miró, pero su rostro permaneció impasible.

—… Y cero —musitó Simón.

Margarita enfocó, los prismáticos hacia la playa de blanco fulgor, enrojecido ahora por el sol. Súbitamente, en ésta habían aparecido los veinte hombres del comando proporcionado por la Central de la CIA a la Sección «Pax»; dirigida por la agente Baby. Desde el promontorio, Brigitte Montfort vio los cascos de acero rematados con ramas y hojarasca, y los «monos» manchados de diversos tonos de verde. Los hombres de la CIA aparecían de todas partes, incluso de encima de algunas grutas de la derecha, cuyas entradas podía ver la espía desde su observatorio.

Los vio correr a todos por la arena, y colocarse delante de las grutas, es decir, de espaldas al mar, y apuntar tierra adentro con sus fusiles de grueso cañón pavonado, sin reflejo alguno. Como un solo hombre, como autómatas sincronizados, los agentes de la CIA comenzaron a disparar sus armas.

No se oyó nada, no se vio nada. Solamente se les veía apretando el disparador, moviendo cada uno su fusil de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

Eso fue todo.

De pronto, todos bajaron sus fusiles y se tendieron de bruces en la arena, siempre mirando hacia las grutas, sacando ahora sus pistolas con silenciador.

Nada ocurrió.

Con los prismáticos, Brigitte vio perfectamente al jefe del comando llevándose a los labios la pequeña radio, y oyó su voz en la que sostenía Simón II abierta:

—No hay reacción. No hemos visto a nadie. No han hecho ni un solo disparo.

—Esperen un minuto —ordenó Baby, inclinándose de nuevo hacia la pequeña radio.

—Bien.

El minuto pasó, lentamente. Sólo se oía, lejano, el rumor del mar. Brigitte continuaba mirando con los prismáticos, recorriendo visualmente la bahía en toda su extensión. No se movía nada, no se oía nada, salvo el mar. Los hombres del comando seguían tumbados en la arena, inmóviles, apuntando sus pistolas hacia las grutas.

—Un minuto —se oyó la voz del jefe del comando—: Procedamos a la ocupación.

—De acuerdo —asintió Brigitte—. Pero tengan cuidado. Ross Hunter, Piowitz y Ono están a punto de llegar, en un coche. No quiero que vean a nadie. Hasta ahora.

Simón II cerró la radio, la guardó y se puso en pie. La espía hizo lo mismo y se acercó a Ángel Tomás, tendiéndole una mano.

—¿Vamos a ver la gran matanza? —sonrió.

Ángel Tomás aceptó la mano, se puso en pie y, sin soltar la mano de Brigitte, inició el descenso del promontorio rocoso, seguidos ambos por Simón II.

Les faltaban apenas cincuenta metros para llegar a la playa cuándo comenzaron a oír el motor del coche. Se detuvieron los tres y Simón susurró:

—Deberíamos dormir también a ésos. ¿Para qué correr riesgos?

—No —negó Brigitte-Margarita-Gloria—. A ésos los quiero despiertos, pues uno de ellos tendrá que aceptar mi oferta, Simón. O quizá los tres. Depende de lo inteligentes que sean.

—No se dejarán cazar vivos —dijo Ángel Tomás.

—Ya lo veremos —refunfuñó la divina.

De pronto, dejaron de oír el motor del coche.

* * *

Karl Piowitz retiró la llave del contacto y se la guardó en un bolsillo, mientras salía del coche. Ross Hunter y Ono se apearon también y, entre los árboles, miraron hacia la cercana playa. El coche había quedado bajo las frondas, de modo que no sólo estaba oculto a posibles miradas desde el mar y tierra, sino desde el aire.

—No se ve a nadie —musitó Piowitz.

—¿Por qué crees que escogimos la bahía? —Gruñó Hunter—. Es como un horno, nadie viene nunca aquí. Y si vienen, lo último que

se les ocurriría sería entrar en las grutas. Vamos allá.

Sortearon los árboles y llegaron a la playa. Sus pies se hundían muy poco en la prieta arena, enrojecida y salobre.

—¡EEE…! —llamó Piowitz—. ¡EEEE…!

Sus gritos parecieron ser absorbidos por las grutas, por la arena, por el cielo y el mar, que seguían lanzando sus espumosas y rumorosas olas hacia la orilla, de un rojo cegador ahora…

Los tres hombres se detuvieron y cambiaron una mirada. No tuvieron tiempo ni de hacer un comentario, porque; tras mirarse, los tres vieron a Margarita Cienfuegos al volver a mirar hacia las grutas. Margarita estaba encima de la entrada de una de ellas, de pie, y les saludaba con un brazo en alto.

—¡Ross! —llamó—. ¡Tengo que hablar con vosotros!

—La puta que la parió… —jadeó Piowitz—. ¿De dónde sale ahora esa puerca? ¡La voy a…!

Verdaderamente, Ross Hunter merecía ser el jefe del trío. Era, sin duda alguna, el más inteligente. Y por eso, quiso impedir que Karl Piowitz reaccionase de aquel modo, sacando su pistola y apuntando hacia Margarita Cienfuegos, lívido de rabia… Lo único que consiguió Hunter fue que Piowitz lo apartase de un furioso codazo con el brazo armado. Con esto, lo único que consiguió Piowitz fue perder un tiempo precioso en disparar contra la bella morena.

Un tiempo brevísimo, pero precioso…, aunque posiblemente tampoco habría conseguido acertar, ya que Margarita desapareció como por arte de magia.

No. De ninguna manera habría conseguido Piowitz disparar contra Margarita porque, al mismo tiempo que ésta desaparecía, una bala llegaba hasta el polaco, y se hundía con seco crujido en su frente, derribándolo de espaldas y con los pies hacia arriba, de modo que cayó de cabeza.

En sólo otro segundo, la situación quedó definida. Un solo segundo, en el que sucedió lo siguiente: el astuto Noburu Ono se apresuró a alzar los brazos y a quedarse inmóvil, mientras Ross Hunter, tras tambalearse por efectos del codazo, mientras veía a Piowitz saltar por el aire y oía su breve chillido, llegaba a la errónea conclusión de que aquello era una trampa de Margarita para matarlos a los tres. Así pues, el inteligente Ross Hunter,

engañándose a sí mismo, decidió vender cara su vida y sacó la pistola…

Su vida fue muy barata: el precio de la bala que le acertó en el pecho, y lo tiró de espaldas, encima del cadáver de Karl Piowitz. Una sola bala, y Ross Hunter perdió para siempre la partida.

Noburu Ono no se movió. No se movió ni un milímetro. Parecía una oscura estatua de barro, alzados los brazos como en demanda de clemencia al cielo.

La voz masculina llegó claramente hasta él, seca, fría:

—Vuélvase de espaldas, saque su pistola y tírela lejos hacia el mar. Luego, retroceda, siempre mirando hacia el mar.

Ono obedeció con toda exactitud, hasta que notó el contacto en la espalda. Era una mano. La arena crujió tras él. Un hombre muy rubio apareció ante él, y lo registró con experta rapidez. Luego miró hacia detrás del japonés.

—No llevaba más armas, señor.

—Llame a cuatro hombres para que se lleven dentro de las grutas a esos dos.

—Sí, señor.

El rubio desapareció de delante de Ono, que permaneció inmóvil, siempre alzados los brazos. La arena volvió a crujir tras él.

—Puede volverse, señor Ono.

El japonés se volvió. Naturalmente, ya había identificado la voz de Margarita. Junto a ella, apuntándole. Los ojos de Ono se entornaron un instante.

—El hombre de la barba y los lentes —susurró—. Es el que estuvo en la terraza de El Cóndor cuando usted fue a vernos. ¿No es cierto?

—Es cierto —sonrió Margarita—. Parece que, a fin de cuentas, ha resultado ser usted el más listo de los tres, señor Ono. Por lo menos, el más prudente.

—Para morir, siempre hay tiempo —sonrió también el nipón.

—Eso es lo que yo he dicho siempre. Por supuesto a usted le gustaría seguir viviendo, señor Ono.

—Sí.

—Entonces, llegaremos fácilmente a un acuerdo.

* * *

Era ya noche cerrada cuando Margarita Cienfuegos, Ángel Tomás, Noburu Ono (éste con las manos atadas a la espalda), Simón I y Simón II, así como otros dos hombres de la CIA de los que habían formado parte del comando, abandonaban las grutas. En éstas, los dieciocho hombres restantes del comando se habían distribuido de modo que mantenían todas las grutas ocupadas bajo control. En las grutas, un total aproximado de setenta hombres seguían durmiendo bajo los efectos de las cápsulas de gas narcótico que les habían disparado, media hora antes. Y seguirían durmiendo todavía durante cuarenta y ocho horas más, por promedio. Los de la CIA ni siquiera se habían molestado en maniatar a aquellos hombres, ya que si todo salía como tenía planeado Baby (y ellos sabían que así sería), no había necesidad de tomarse tantas molestias. El único peligro consistía en que algunos de los hombres o grupos que esperaban cerca de Bahía Caliente se acercase a las grutas a ver cómo estaban las cosas. Un peligro, por otra parte, muy relativo, ya que cualquiera que se acercase a las grutas sería dormido por cuarenta y ocho horas, y confinado en la oscuridad de las cuevas.

Ni siquiera las armas fueron tocadas. Seguían allí, en sus cajas o soportes, esperando el momento; un momento que nunca llegaría. Y muy pronto, los grupos que esperaban la señal para agruparse serían dispersados por las tropas de Córdoba… siempre y cuando, en efecto, los planes de Baby no se estropearan…

Los siete llegaron junto al coche de Ross Hunter. Noburu Ono se sentó detrás, con uno de los miembros del comando, ahora vestido corrientemente, y que apuntó al japonés con su pistola. El otro miembro del comando se sentó ante el volante…

—Las llaves no están.

—Las tiene Piowitz —musitó Ono.

El agente de la CIA salió del coche y volvió hacia las grutas. Regresó en menos de dos minutos con las llaves. Dio el encendido y partió.

Margarita, Ángel, Simón I y Simón II fueron adonde había dejado el coche de ella y el de los dos Simones. Del maletero de este último vehículo Simón I sacó una maleta, que colocó en el suelo, y la abrió. Mientras tanto, Ángel Tomás se estaba desnudando. Quedó solamente cubierto por las «Wong», recogió las ropas que había llevado y las tiró dentro del maletero del coche. Luego de la maleta

sacó otra ropa, que se fue poniendo, empezando por la blanca camisa… Cuatro minutos más tarde, estaba impecablemente vestido de esmoquin.

—Bien —dijo—. Vamos allá.

Baby le puso las manos en los hombros y sonrió. La luz de la luna pareció cobrar intensidad en sus ojos.

—Estás muy guapo —murmuró.

—Si lo que quieres decir es que tenga cuidado, no te preocupes; lo tendré. Por nada del mundo me perdería asistir al increíble final que has preparado…, si es que se produce ese final.

—Claro que se producirá, porque tú me estás ayudando. Ya no nos veremos hasta dentro de tres o cuatro días, ¿verdad?

Ángel Tomás vaciló. Por fin, tomó el rostro de Margarita entre sus manos, lo alzó y besó suavemente los labios, que notó fríos, incluso un tanto rígidos.

—No seas niña, —susurró—. Soy Número Uno, ¿recuerdas?

La soltó y pasó al asiento trasero del coche de los Simones. Uno de éstos se sentó junto a él y el otro, ante el volante. El coche partió y Margarita Cienfuegos quedó sola, inmóvil, bañada en luz de plata. Sabía que lo que sentía ella en aquel momento, aquella congoja, aquel frío interior, era lo que siempre sentía él cuando era ella la que iba a entrar en acción. Y una vez más, la espía más peligrosa del mundo se definió a sí misma, y a Número Uno, con este pensamiento:

«Los dos somos unos insensatos. Pero yo más que él… De todos modos, no debo preocuparme por él, no… Es Número Uno…».

Mientras tanto, dentro del coche, Ángel Tomás permanecía impasible, observado de reojo por el agente de la CIA que tenía al lado, y por medio del espejo retrovisor, por parte del que conducía.

De pronto, Ángel Tomás miró a Simón.

—Supongo que no han olvidado la invitación.

—¿Eh…? Oh, no. ¡No, señor!

Ángel tendió la mano. Simón sacó su billetera y de ella extrajo la invitación, que tendió al hermético personaje. Éste la guardó con indiferencia en un bolsillo de la chaqueta y quedó de nuevo silencioso, hasta que volvió a sorprenderles, hablando de pronto:

—Si me matan, sáquenla a ella del país inmediatamente. Sea como sea, quiera ella o no quiera… Supongo que lo entienden.

—Sí —tragó saliva Simón—. Si, señor…

Capítulo VII

A media tarde la vigilancia en el domicilio privado del presidente Tadeo Padilla había sido relevada por una guardia de gala. De gala, pero no menos efectiva. Teniendo en cuenta las verjas que rodeaban la villa, y la perfecta distribución de los hombres, era absolutamente imposible que nadie pudiese entrar en la residencia, sin pasar por el control.

Al mando de esa guardia estaba el coronel Lomas, que era el encargado de recibir, en primera instancia, a los invitados en las verjas. La iluminación era abundante y en todo aquel tramo de avenida que había sido acordonado para estacionar los coches de los invitados, había cientos de reflejos, procedentes de los rutilantes automóviles. Más aún que los autos, brillaban las joyas de las damas que llegaban, todas tan hermosas, tan apetecibles, en general. En su puesto, el muy correcto y apuesto coronel Lomas, sonreía siempre, como disculpándose por tener que pedir la invitación a personajes tan importantes.

Pero en el fondo, lo que pensaba el coronel Lomas era que estaba guapísimo con su uniforme de gala y su sonrisa era más bien de satisfacción, pues se daba perfecta cuenta de las disimuladas miradas que muchas de las damas le dirigían. Sí, señor, era muy poco probable que hubiese en la recepción un solo hombre tan guapo y tan apuesto como el coronel Lomas.

Pero siempre hay algo que estropea la velada. Al menos, se la estropearon al coronel Lomas aquella noche, cuando del último coche detenido ante la entrada a la residencia se apeó un hombre solo.

Nada más ver su estatura, el coronel Lomas frunció el ceño. Cuando lo vio, caminar hacia allí, su ceño se unció más aún: el recién llegado caminaba con una poderosa elegancia que Lomas jamás había conseguido. Y cuando se detuvo ante él y vio su rostro

bronceado, sus viriles rasgos, los negros ojos estrechos y alargados; el coronel Lomas tuvo que resignarse a admitir que no había competencia posible: ya no era el hombre más atractivo del lugar.

—¿Me permite su invitación, señor?

El hombre asintió. Sacó su billetera, la abrió y quedó desconcertado. Miró a Lomas, volvió a mirar la billetera… Lomas comenzó a acariciar la esperanza de que el sujeto hubiese olvidado su invitación; más aún, que fuese uno que quería pasarse de listo, y que ni siquiera tuviese invitación… El recién llegado se guardó la billetera y se tocó los bolsillos. Del derecho de la chaqueta sacó la invitación, por fin, y la tendió al jefe de la guardia de gala de aquella noche.

Mala suerte. El coronel Lomas le echó un vistazo, asintió con la cabeza y devolvió la invitación. Sin haber pronunciado una sola palabra, el hombre se dirigió hacia el sendero, tras un leve gesto de gracias a los deseos de Lomas:

—Bien venido, señor. Espero que la recepción sea de su agrado.

En el sendero había guardias, naturalmente. Y alrededor de la iluminada casa. Todos muy bien situados, discretísimos, como los de los jardines y los que patrullaban por el lado interior de las verjas. Entrar o salir de aquel lugar, sin pasar por la puerta, era sencillamente imposible. A menos que hubiese alguien capaz de luchar contra la guardia, esquivar las andanadas de balas hasta llegar a las verjas, saltar éstas, recorre el tramo de avenida cortado al tráfico normal y desaparecer.

En el pórtico acolumnado de la casa, se hallaba la recepción civil oficial, representada por el secretario del presidente. Pero allí ya no se cometía la descortesía de pedir invitaciones: quien hubiese llegado hasta allí era que la tenía, sin duda alguna. El secretario del presidente, Luis Arcos, estaba en aquel momento conversando todavía con los últimos recién llegados, un matrimonio de mediana edad; la dama, un tanto, rolliza bien enjoyada, vio llegar al último invitado y su boca quedó abierta en, un gesto de estupor.

—Buenas noches —saludó el recién llegado, en perfecto español.

—Buenas noches, señor —inclinó, la cabeza Arcos—. Sea bien venido.

—Gracias.

Cuando ya hubo desaparecido en el interior de la mansión, la

dama murmuró:

—¿Quién es?

—Lo ignoro, señora De Valle. Pero, evidentemente, debe ser algún nuevo empleado de cualquier embajada…

Dentro de la casa, Ángel Tomás estaba cruzando el vestíbulo en dirección al salón del que brotaba el rumor de voces y risas. Parecía más bien indiferente a todo, pero su negra mirada había localizado ya la puerta del despacho privado de Tadeo Padilla: salvo que Simón se hubiese equivocado, al hacerle el plano de la casa, lo cual era muy poco probable.

Desde la entrada al salón vio ya al presidente Padilla, de pie prácticamente en el centro, conversando con algunos hombres y mujeres, muy sonriente. Padilla le vio a él, y en sus ojos apareció una brevísima expresión de desconcierto; pero Ángel Tomás no se desconcertó en absoluto. Se acercó, inclinó la cabeza y saludó:

—Buenas noches, señor presidente. Reciba mis mejores deseos para el futuro.

—Gracias —sonrió Padilla—. Gracias, señor…

—Novorosky —volvió a inclinarse Angel Tomás—. Soy nuevo en la delegación de mi país. Perdón, no molesto más.

Retrocedió un paso, y dio media vuelta, dejando a Tadeo Padilla con la pregunta en los labios. ¿De qué país?

—Oh, Dios mío —exclamó una de las damas que departían con Padilla—. ¡Qué hombre…!

—Novorosky —murmuró uno de los hombres—. Debe ser ruso, supongo, ¿no, Padilla?

—Sí… Sí, desde luego —no quiso admitir su ignorancia el presidente—. Recuerdo haber leído su nombre. Debe haber venido en sustitución de alguien indispuesto a última hora, porque no recuerdo que Novorosky figurase entre los invitados.

—Si queréis —rió la dama—, puedo encargarme, de preguntarle si todo va bien en su delegación. Me parece que está un poco perdido aquí.

—¿Esa podría ser tu buena obra del día, Anita? —rió uno de los hombres.

—Pues voy a hacerla.

Se dirigió hacia Novorosky, que en aquel momento tornaba una copa de champaña de la bandeja que había colocado ante él uno de

los criados. Anita llegó, a tiempo de tomar otra y miró, sonriente, a Novorosky.

—Me gustaría poder ayudarle en algo, señor Novorosky.

—Es usted muy amable, señora…

—Señorita —sonrió más ampliamente Anita—. Señorita Lamata, soy hija del cónsul Lamata del cual, sin duda, habrá usted oído hablar.

—Pues… me temo que no, por el momento.

—Es lógico, ya que es nuevo en Ciudad Córdoba. Es usted ruso, naturalmente.

Novorosky miró sorprendido a Anita Lamata.

—Por supuesto que no, señorita Lamata. Mi apellido no es ruso, ni mucho menos.

—Ah —se sonrojó la bella Anita—. Bueno, es parecido, ¿no?

—Puede parecerlo.

A la señorita Lamata comenzaba a dolerle el cuello de tanto mantener la barbilla alzada para poder mirar a Novorosky. Las demás mujeres que contemplaban, estupefactas, a Ángel Tomás, no padecían este inconveniente, al estar alejadas… Mientras Anita no encontraba nada más que decir, Ángel Tomás veía a Feliciano Ruiz, el hombre que USA quería ver en la presidencia de Córdoba. Pero, evidentemente, Feliciano Ruiz era una persona discreta y modesta, que quizá ni soñaba en esta posibilidad. Departía con unas cuantas personas, entre las que destacaba, por su gesto tímido, casi cándido. Un poco más allá vio a Miguel Barrios, charlando animadamente en otro grupo.

Miguel Barrios: el oscuro personaje que, sabedor de que jamás podría llegar a la presidencia por los conductos establecidos, había preparado el golpe de estado y que, mientras tanto, hipócritamente, aceptaba su situación… De Miguel Barrios, la mirada de Ángel Tomás fue hacia Tadeo Padilla. ¿Y Tadeo Padilla? Un sujeto sin escrúpulos, que estaba manteniendo a su pueblo prácticamente en la miseria, mientras él se enriquecía personalmente. En verdad, Ángel Tomás se sentía satisfecho de poder colaborar en los planes que Baby había trazado rápidamente, en Villa Tartaruga…

—¿Señor Novorosky?

—Perdón —bajó la mirada él—. Dígame, señorita Lamata…

—Le estaba haciendo a usted una invitación personal a mi

próxima fiesta —dijo Anita un tanto envarada.

—Ah. Muy amable. ¿Quiere más champaña?

—No, no. Sólo…

—Yo, sí. ¿Me disculpa un instante?

Con toda naturalidad, Novorosky dejó sola a Anita alejándose hacia uno de los criados. Dejó la copa vacía en la bandeja y tomó otra… Desde allí, pudo ir viendo a otros personajes, que merecían su interés. Estaban los tres, por fortuna: el general Nemesio Lobanillo; el ministro del Interior, Carlos Álvarez, y el secretario de Asuntos Exteriores, Gilberto Haro. Cada uno tenía su grupo, y era evidente que la recepción, para ellos, era un momento más para reunirse y charlar de sus respectivos cometidos en la vida nacional.

—Me parece —dijo una voz femenina junto a Novorosky— que acaba usted de arruinarle la noche a Anita, señor…, señor…

Ángel Tomás miró a la muchacha. Ésta era casi rubia, y tenía los ojos claros. Más alta que Anita, más estilizada, lucía un escote magnífico, mostrando más de la mitad de los senos, relucientes y tersos.

—Novorosky —se presentó Ángel Tomás—. ¿Dice usted que…?

—No se debe dejar a una señorita plantada en el centro del salón, señor Novorosky.

—No he hecho tal cosa —negó él—. Solamente he venido en busca de champaña. Con su permiso…

Regresó junto a Anita Lamata, que estaba muy pálida. Al llegar ante ella, la muchacha, recuperó el color…, mientras era la otra la que quedaba pálida.

—Creí que me había olvidado —musitó Anita.

—Sólo soy un poco distraído —sonrió Ángel.

—Sin duda —rió Anita—; ahora a quien ha dejado plantada ha sido a Cecilia Requejo.

—¿Eh…? Vaya, lo siento. Espero que no me guarde rencor. ¿Le parece que vayamos los dos con ella, para presentarle mis disculpas?

Anita frunció el ceño, pero caminó junto a Novorosky.

Sí, estaban todos los que importaban. Habían llegado más invitados. En el fondo del salón, la orquesta típica se disponía a tocar. Novorosky estaba, mostrándose amable con Cecilia Requejo Cuando Anita propuso:

—¿Le gustaría bailar en el jardín, señor Novorosky?

Eran las diez y cuarto de la noche.

* * *

A las once y veinte, Ángel Tomás se dijo que había llegado el momento. Estaba de nuevo en el salón, conversando ahora con cinco jóvenes damitas, que parecían fascinadas, y dos hombres que no parecían muy satisfechos…

Salió al vestíbulo rápidamente, y preguntó a uno de los criados la ubicación de los servicios. El criado señaló hacia el fondo, por debajo de la amplia escalinata, que ascendía hacia los dormitorios.

—Gracias.

Notando bajo la chaqueta del esmoquin la rigidez de la carpeta de plástico rojo, Ángel Tomás se dirigió hacia el lugar indicado. Entró y, al ver que no había nadie más allí, cerró la puerta por dentro. Acto seguido apagó la luz, fue hacia la ventana y la abrió. Sacó un gran pañuelo negro y se lo puso en el cuello, como si fuese una servilleta, colocándolo luego ante el pecho por debajo de la chaqueta, de modo que no destacaba la blancura de la camisa.

Una mirada por la ventana le convenció de que sus suposiciones eran ciertas. Después de más de una hora de agradable fiesta, todo estaba relajado. En aquella parte de la casa no había ningún guardia. Con gran agilidad, saltó por la ventana, cayendo silenciosamente en el exterior. A su derecha se veía la iluminación de la parte frontal de la casa.

Se deslizó pegado a la pared, hasta llegar a la ventana del despacho de Tadeo Padilla, que estaba cerrada. Como una sombra más entre los arbustos trepadores, Ángel Tomás se movió con seguridad y velocidad. Del bolsillo izquierdo del pantalón sacó una pequeña caja metálica, plana, parecida a una pitillera de reducido tamaño. De ella extrajo la masa de plástico blando. Se guardó la caja, adhirió el plástico a uno de los cristales de la ventana, aplastándolo hasta que prácticamente lo cubrió todo, y luego golpeó en seco con el puño. El cristal roto cayó dentro del despacho, formando un bloque con el plástico, sin producir apenas ruido. La mano de Ángel Tomás se introdujo por el hueco, encontró en seguida el cierre, y lo accionó. Empujó la ventana, saltó al interior

del despacho y cerró la ventana.

Asunto terminado, prácticamente. En realidad, lo difícil o sea, llegar hasta el despacho, ya estaba hecho. Lo demás vendría por sí solo…

Tardó solamente dos minutos en encontrar la caja fuerte, empotrada en la pared de la derecha, detrás de un cuadro. Apartó éste y se quedó mirando el dial de la combinación, con una seca y breve sonrisa en los labios.

«Esperemos que la alarma funcione», pensó.

Sin admitir, ni siquiera por un instante, la imposibilidad de abrir aquella caja fuerte. Número Uno puso dedos a la obra. Dedos largos, fortísimos; dedos de artista…, pero de acero. Con una oreja pegada al acero de la compuerta, el mejor espía masculino de todos los tiempos pudo ir oyendo el sonido de los mecanismos, al ser desplazados. Estaba frío como un pez, inmutable, indiferente. Ni siquiera hizo gesto alguno cuando comprendió que, para abrir la caja, ya sólo tenía que bajar la manilla y tirar de ella.

Se guardó el pañuelo negro, sacó la carpeta de plástico rojo y tiró de la manilla, atrayendo la compuerta de la caja…

La alarma comenzó a sonar en el acto.

Fue un timbrazo sonoro, fortísimo, que hizo vibrar los cristales, que lo llenó todo con su sonido atronador. Un sonido que habría hecho saltar de espanto a cualquier ladrón de cajas fuertes.

Número Uno no se alteró en absoluto.

Metió una mano dentro de la caja y sacó lo primero que encontró, arrastrando otras cosas, que cayeron al suelo, ante sus pies. El sonido de la alarma era tan fuerte que no se oía nada más, pero él sabía que todos corrían ya hacia el despacho, que la guardia estaba rodeando la casa, que en el salón las mujeres debían estar gritando… Normal. Todo normal.

Colocó la carpeta roja de plástico entre los papeles y carpetas que había sacado, se lo metió todo bajo la chaqueta y fue hacia la ventana…

La puerta del despacho se abrió, la, luz inundó la estancia, los fusiles lanzaron destellos… El tropel de guardias invadió el despacho, todos apuntando a Novorosky, que estaba vuelto hacia ellos, con la mano derecha sobre el cierre de la ventana, parpadeando, deslumbrado.

—¡Quieto! —vociferó el suboficial—. ¡Quieto o disparamos!

Por detrás de los soldados aparecieron hombres de paisano. Entre ellos, naturalmente, Tadeo Padilla, que estaba lívido. Junto a él, un poco más atrás, destacaba a los ojos de Número Uno el rostro no menos demudado de Miguel Barrios, entre otros.

—¡Levante los brazos! —aulló uno de los guardias de gala.

Novorosky obedeció. Al hacerlo, las carpetas que había ocultado bajo su chaqueta cayeron al suelo, ante sus pies, y se desparramaron.

Tadeo Padilla irrumpió en el despacho, mirando con expresión desorbitada al intruso. Detrás de él entraron Miguel Barrios y los demás. Uno de los últimos era el general Lobanillo…

—¿Qué significa esto? —gritó, con voz aguda, Padilla.

Número Uno suspiró profundamente.

—¿Si le digo que soy de la CIA, señor presidente, comprenderá usted lo que esto significa?

—¡Claro que no!

—Entonces, quizá lo sepa explicar mejor el señor Miguel Barrios… A alguno de los dos debe resultarles reveladora mi acción, espero.

—¿De qué me está hablando? ¿Quién es usted?

—Clark Coleman. De la CIA, ya lo he dicho.

Gilberto Haro, el secretario de Asuntos Exteriores, apareció, acercándose a Ángel Tomás.

—Yo me ocuparé de él, señor presidente. Indagaremos…

—¡La carpeta! —exclamó de pronto el prisionero—. ¡No dejen que Padilla vuelva a guardar esa carpeta roja!

La sorpresa fue general. Uno de los guardias se había acercado y estaba recogiendo los documentos que habían caído a los pies de Novorosky… Entre los cuales, en efecto, destacaba la carpeta roja de plástico, con algunos papeles dentro…

—¡Esa es la carpeta que le envió Miguel Barrios! —siguió exclamando Novorosky—. ¡Es la que contiene todo el plan que han estado preparando!

El desconcierto era total. Gilberto Haro miró a Miguel Barrios, que estaba ahora pálido como un muerto, mirando con ojos desorbitados la carpeta roja… En su mente la misma escena que estalló en la mente de Tadeo fulgurante, llena de luz de sol, en la

que una hermosa mujer ponía en sus manos una carpeta roja… Exactamente la misma escena que estalló en la mente de Tadeo Padilla, la escena que recordaba la visita de aquella mañana, cuando aquella hermosa muchacha rubia, llamada Gloria Chamorro, le había pedido que diese su aprobación a lo que ella había escrito sobre él…

Los dos hombres estaban petrificados, pero Gilberto Haro reaccionó, se acercó al guardia y tomó de sus manos todos los documentos, colocando en primer lugar la carpeta roja. Luego miró vivamente a Novorosky.

—¿De qué está usted hablando?

—Todavía no lo sé exactamente… Tenemos prisionero al japonés, que nos ha explicado la complicidad entre Padilla y Barrios, pero no conoce exactamente el plan. Sin embargo, me aseguró que estaba en poder del presidente…, cosa que yo sabía ya.

—Está loco —jadeó, de pronto, Padilla—. ¡Este hombre está loco! ¡Llévenselo de aquí y enciérrenlo!

Los soldados se acercaron a Novorosky, que se permitió bajar un brazo, para señalar a Gilberto Haro.

—Señor Haro —dijo fríamente—, si usted permite que esa carpeta vuelva a la caja de Padilla, sin haber examinado su contenido, es muy posible que esté cometiendo la mayor traición imaginable contra su propio pueblo. ¡No permita que Padilla la recupere!

—Ni siquiera es mía —suspiró Tadeo Padilla—. Jamás había visto esa carpeta. La debe haber colocado él mismo, ignoro con qué intenciones…

—¿Jamás había visto esa carpeta? —sonrió secamente Novorosky—. Muy bien, pronto saldremos de dudas al respecto. Señor Haro, por favor, ¿quiere sacar un sobre que guardo en el bolsillo interior izquierdo?

Novorosky separó bien los brazos y Gilberto Haro, tras vacilar, accedió a su petición. Sacó el sobre.

—Por favor, eche una mirada a las fotografías que contiene.

Haro obedeció. Por su gesto, todos comprendieron que estaba desconcertado y casi asustado. De pronto, palideció y se quedó mirando, como aturdido, una de las fotografías. En ella, se veía al presidente Padilla, en albornoz, junto a la piscina, sentado ante una

de las mesitas. Frente a él, una mujer rubia, de medio perfil, casi de espaldas, le entregaba una carpeta roja. Carlos Álvarez también vio la fotografía y se mordió los labios.

—¿Qué más hay? —susurró.

Las siguientes fotografías eran no menos interesantes. En una de ellas, Miguel Barrios estaba besando a una mujer de largos cabellos negros, tendida en una mancha de sol, en el campo; en otra, se les veía en el interior de una cafetería, o un bar, y ella le acariciaba una mano… La que seguía mostraba a Miguel Barrios entregando una carpeta roja a la muchacha de largos cabellos negros, que estaba, vestida en ese momento…

—No…, no acabo de comprender —murmuró Álvarez—. ¿Qué significa todo esto?

—Yo puedo explicárselo, señor Álvarez, si lo desea —se ofreció Novorosky.

Capítulo VIII

—No hay nada que explicar —jadeó Padilla—. ¡Todo es una maquinación contra mí, que pagarán…!

Haro le entregó a Padilla la fotografía, con gesto seco, y acto seguido, le fue poniendo las otras encima. Miguel Barrios se acercó a mirar y al ver la escena en el rayo de sol, pareció a punto de caer fulminado.

—Es una trampa… ¡Es una trampa!

—Creo que debemos calmarnos todos —musitó Gilberto Haro—. Cierren esa puerta.

—¡No hay nada que cerrar! —aulló Padilla—. ¡Ordeno que inmediatamente…!

—Tadeo —le miró fijamente Gilberto Haro—. ¿Te opones a que aclaremos este extraño asunto? ¿Se opone usted, Barrios?

—Es una trampa… —insistió éste—. ¡Les juro que todo forma parte de una trampa!

—Eso ya lo sabremos, si es cierto. ¿Cerramos, Tadeo?

Tadeo Padilla se dejó caer en un sillón, abatiendo la cabeza sobre el pecho. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué significaba, aquella carpeta roja, las fotografías de Barrios con aquella mujer desnuda…?

La puerta fue cerrada y todas las miradas, menos las de Tadeo Padilla, fueron hacia el prisionero.

—Le escuchamos, señor Coleman.

—¿Puedo bajar los brazos, al menos? —refunfuñó Ángel.

—Sí, desde luego.

—Gracias… También quisiera un cigarrillo. Ha sido un mal momento para mí.

—Su mal momento todavía no ha terminado —advirtió Haro, ofreciéndole un cigarrillo y encendiéndoselo—. Le rogamos que sea lo más breve y claro posible…

—Lo intentaré. Pero no quiero interrupciones, así que guarden sus preguntas para cuando termine mi explicación, o esto se va a alargar mucho.

—Nadie le interrumpirá —gruñó Nemesio Lobanillo—. Hable.

—Permítanme que coloque las fotografías por orden, para ir ilustrando mi explicación —Haro se las entregó—. Gracias. Todas ellas han sido tomadas con una «Polaroid» de revelado instantáneo, algunas de ellas con teleobjetivo, como la que muestra a Padilla con la rubia… Que no es tal rubia, sino la misma mujer que aparece con el señor Barrios. Simplemente, cuando visitó a Padilla llevaba una peluca, cosa que más adelante demostraré. O quizá sea mejor empezar precisamente por la mujer, que es la que nos dio la pista. Su nombre verdadero es Galina Cherkova, de nacionalidad rusa, pero dedicada hace algún tiempo a apoyar acciones subversivas en todo el mundo, sin la intervención de los rusos. Es, en definitiva, como los personajes que también les presentaré más adelante, una mercenaria. Vamos a ver…

Novorosky terminó de colocar las fotografías en el orden que le convenía y mostró la primera.

—Aquí tienen a la mujer al natural. Cabellos y ojos negros. Llegó a Córdoba con el nombre de Margarita Cienfuegos, y ya en el aeropuerto se entrevistó con un tal Luciano Martos, un asesino profesional, que estaba trabajando para tres mercenarios, compañeros de Margarita. Vean aquí a Luciano Martos con ella, en el bar del aeropuerto. Ella le está entregando a Martos un papel, con instrucciones para asesinar a don Feliciano Ruiz…

—¿A mí? —exclamó éste, que se hallaba presente—. ¿Por qué?

—Déjeme seguir, señor Ruiz —sonrió apenas Novorosky—. Por favor, no me interrumpan. En cuanto al papel con instrucciones, lo tengo a disposición de ustedes, en poder de uno de mis compañeros… Pero sigamos: vean ahora a Luciano Martos con ese japonés, que forma parte del grupo. Y vean ahora a Margarita Cienfuegos en la terraza del hotel Cóndor, conversando con los otros tres mercenarios, estrechando sus manos… Ahí tienen al japonés. Este otro es Karl Piowitz, un polaco de malos instintos. Y éste es Ross Hunter, el jefe de una organización de mercenarios. Después de hablar con ellos, Margarita fue a entrevistarse con Miguel Barrios, en el bar Oyarzu… Ella se encontró luego con él

fuera de la ciudad, y Barrios le entregó la carpeta roja. ¿Lo ven aquí?

—Es falso —tartamudeó Barrios—. ¡Es falso, ella fue quien me entregó a mí la carpeta!

—Y a mí —murmuró Padilla.

—No, señor presidente —le miró fríamente Novorosky—. Ella recibió la carpeta de manos de Miguel Barrios, y al día siguiente, o sea esta mañana, fue a entregársela a usted; mejor dicho, vino aquí. La fotografía está bastante clara, me parece a mí, a pesar de las dificultades que tuve para conseguirla, utilizando el teleobjetivo… Margarita Cienfuegos se puso una peluca rubia y lentillas de contacto para disimular su verdadero aspecto, de modo que nadie viese a la morena Margarita con usted, pues no convenía. Pero ahí está, de rubia, entregándole la carpeta con las instrucciones pulidas y terminadas para el doble golpe de estado…

—¿Doble golpe de estado? —exclamó Lobanillo—. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, general, que entre Margarita Cienfuegos, Ross Hunter, Karl Piowitz, Noburu Ono, Miguel Barrios y Tadeo Padilla, se disponían a dar un golpe de estado muy peculiar.

—¿Cómo había de preparar un golpe de estado un hombre que está ocupando la presidencia? —masculló Carlos Álvarez.

—La está ocupando ahora. Pero… ¿cuánto más iba a durar? Muy poco, porque Tadeo Padilla sabe que, en las próximas elecciones, el pueblo no lo aceptará, sino que preferirá probar mejor fortuna con un hombre discreto y honrado, cuya nobleza es reconocida por todos. Me estoy refiriendo a Feliciano Ruiz… ¿No es cierto que iba a presentar usted su candidatura, señor Ruiz?

—Claro —admitió éste, atónito—. Todos lo saben. Pero… Bueno, en realidad, es más bien una participación que una esperanza. De ninguna manera esperaba ser elegido.

—Le faltan a usted los medios de sondeo de que dispone la CIA —dijo amablemente Novorosky—. En cambio, Padilla sí dispone de medios de sondeo, y supo que no sería reelegido… Entonces, tuvo la idea. Una idea que le impediría a usted ocupar la Casa Presidencial… Entre él y Barrios estudiaron la posibilidad de eliminarle, y se pusieron en contacto con Ross Hunter. Éste facilitó a un asesino nacional, que se encargaría de asesinar a Feliciano

Ruiz. Pero al mismo tiempo, temiendo que el pueblo se negase a aceptar al explotador Tadeo Padilla, se ideó lo del golpe le estado; a las órdenes aparentes de Miguel Barrios, los mercenarios y algunos guerrilleros nacionales, darían un golpe de estado, que depondría a Padilla. Entonces, Miguel Barrios se haría cargo del gobierno del país y, como es natural, tras él estaría siempre Padilla. De este modo, evitaban que el mando del país fuese a parar a manos de otros, como, por ejemplo, Feliciano Ruiz. El nuevo gobierno revolucionario no aceptaría elecciones, sería una dictadura ejercida públicamente por Barrios, el cual estaría siempre respaldado por Padilla. Y ambos seguirían repartiéndose los beneficios del país. ¿Lo entienden?

El silencio era impresionante.

Por fin, Lobanillo musitó:

—Eso parece…, parece imposible, señor Coleman.

—¿Imposible? Escuche, tenemos en nuestro poder el equipaje y documentación auténtica de Margarita Cienfuegos, así como la peluca rubia y otras cosas… Todo ello tuvo que abandonarlo en su hotel, al escapar. Pero sus amigos no escaparon: Ross Hunter y el polaco Piowitz están muertos ahora, en Bahía Caliente, y tenemos prisionero al japonés Noburu Ono, en una cabaña que hemos utilizado como base. Pregúntele al propio Noburu Ono. Y no sólo eso: vengan conmigo a Bahía Caliente, y vean cómo están las cosas allí… Tenemos setenta prisioneros, las armas que tenían escondidas en las grutas… ¿Y las fotografías? Pregunten en el hotel La Sal, donde hemos requisado las cosas que Galina Cherkova tuvo que dejar, al escapar… Ella estuvo hablando por teléfono con Ross Hunter, sobre «el material»… Pregunten al conserje. Por todos los demonios, ¿qué más quieren ustedes? Oh, sí… ¿Más pruebas de esta confabulación entre Barrios-Padilla-Hunter contra Feliciano Ruiz y contra el país, al que querían engañar, tras sumirlo en una revolución sangrienta…? Bueno, tenemos al japonés Ono y tenemos esa carpeta. ¿No quieren leer el contenido de la carpeta? ¿No quieren escuchar a Noburu Ono? ¿No quieren hacer ninguna investigación?

De nuevo un silencio impresionante. Miguel Barrios estaba como alucinado, destrozado por aquella trampa que había cerrado sobre él sus implacables presas de acero. Tadeo Padilla parecía una

estatua de yeso.

—Creo que será mejor que leamos esto —musitó Gilberto Haro.

Este es el final

Naturalmente, las noticias del frustrado golpe de estado en Córdoba llegaron también a la República de Malta. En este pequeño país isleño, en cierto lugar llamado Villa Tartaruga, tendida en el césped junto a la piscina, Brigitte Montfort terminó de leer las últimas noticias al respecto: pese a las protestas de Tadeo Padilla y Miguel Barrios, las pruebas reunidas eran tan numerosas y convincentes, especialmente la delación por parte del japonés Noburu Ono, que ambos hombres habían sido encarcelados y, de momento, a la espera de elecciones formales, el señor Feliciano Ruiz estaba haciendo funciones de presidente. En tres días, habían salido a relucir tantas cosas sucias de Tadeo Padilla, que el pueblo pedía su cabeza. En cuanto a Miguel Barrios, era muy posible que se pasase la vida en la cárcel. Una de las cosas sucias que impulsaba al pueblo a pedir las cabezas de ambos era la muerte de Noburu Ono… El pobre japonés había sido asesinado cuando llevaba tres días haciendo declaraciones en una celda. ¿Cómo había sido asesinado Noburu Ono? Envenenado… Envenenado en su celda. La mano ejecutora no había sido descubierta, pero todo el mundo comprendió que la orden procedía de los amigos ocultos de Padilla y Barrios, en un último intento desesperado para salvar a éstos… y que, ciertamente, acabó de hundirlos… Los guerrilleros que esperaban cerca de Bahía Caliente habían sido dispersados por las tropas regulares, sus armas requisadas…

Y para colmo de sorpresas, en el periódico La Nación se hablaba bien de la CIA y de Estados Unidos.

«Para variar, no está mal», pensó Brigitte, dejando el último periódico y tumbándose cómodamente de espaldas.

Debían ser las seis de la tarde cuando le oyó llegar. Su oído fino captó en primer lugar el sonido de un motor de automóvil, que llegó hasta las verjas de Villa Tartaruga, y luego se alejó. Luego,

oyó el tintineo de unas llaves. Y finalmente, más que oírlas, notó las pisadas en la hierba, cada vez más cerca. Por fin, las pisadas se detuvieron muy cerca.

Brigitte Montfort abrió los ojos, y lo vio allí, junto a ella, de pie, con una maleta en la mano izquierda, contemplándola inexpresivamente. Tan alto, tan fuerte, siempre tan quemado por el sol, siempre con aquel recio aspecto de hombre… ¡Oh, Dios, cómo le amaba…!

—Bien venido, señor Coleman —le sonrió—. ¿Ha tenido usted buen viaje?

Número Uno dejó la maleta y se acuclilló junto a Baby, que le tomó la mano y se la puso en una mejilla.

—¿Estás bien? —Le miró, anhelante—. ¿Estás bien, completamente bien, mi amor?

—Eres diabólica —dijo Uno—. Has destrozado a esos pobres hombres…

—¿Pobres hombres? Sólo eran canallas, asesinos, mercenarios dispuestos a todo… Vamos, mi amor. Córdoba será un país feliz en manos de Feliciano Ruiz, y Estados Unidos tendrá un nuevo canal, con lo que habrá paz en Panamá… ¿Eso es ser diabólica?

—Sin duda alguna.

—De acuerdo —rió ella—. Soy diabólica. Pero no me negarás que mi golpe de estado sólo ha causado víctimas que merecían ser inmoladas, de un modo u otro… ¿Es así o no es así?

—Lo es —admitió Número Uno—. Ha sido un interesante golpe de estado, muy al estilo Baby.

—Oh, no lo he hecho yo todo, mi amor. Me has ayudado mucho… Incluso, ya ves, tú has tenido que terminar tu labor allí, mientras yo, ya terminada mi parte, te esperaba aquí, tranquilamente tomando el sol…

—Así tendría que ser siempre —susurró Número Uno.

Alzó en sus brazos a Brigitte, y se dirigió hacia la casa…, mientras, ella le rodeaba el cuello con los brazos y cerraba los ojos. En lo que a ella concernía, podía estar viajando así, en brazos de Número Uno, hasta el fin del mundo…

FIN